



PARTE 6

MARIA BEATOBE

POR AMOR

VOLVÍ A SOÑAR

Click
EDICIONES

Índice

[Capítulo 96](#)
[Capítulo 97](#)
[Capítulo 98](#)
[Capítulo 99](#)
[Capítulo 100](#)
[Capítulo 101](#)
[Capítulo 102](#)
[Capítulo 103](#)
[Capítulo 104](#)
[Capítulo 105](#)
[Capítulo 106](#)
[Capítulo 107](#)
[Capítulo 108](#)
[Capítulo 109](#)
[Capítulo 110](#)
[Capítulo 111](#)
[Capítulo 112](#)

[Biografía](#)
[Créditos](#)
[Click](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



Ahora sí que sí. Había llegado el momento de dejar el corazón a un lado para enfrentarse a esta situación con la cabeza bien fría.

Gael seguía detrás de mí, sin haber comenzado a hablar aún. Supongo que tampoco se esperaría que yo terminara cediendo y le escuchara decir una serie de palabras que ya, desde ahora, no estaba dispuesta a creer. Era la verdad. Y así me sentía.

Yo miraba por la ventana con la vista nublada. En cualquier momento, las lágrimas me empezarían a caer a borbotones por las mejillas. Pero tenía que ser fuerte. Al menos, durante esos diez minutos de tregua que le había dado para soltar todo lo que llevara dentro.

Probablemente, yo necesitaría horas, quizá días, para vomitar todas las emociones que se habían ido acumulando en mis entrañas y que habían creado un entramado lleno de rotos y nudos.

Ya habían pasado dos minutos cuando me di la vuelta y, aparentando una fortaleza que no existía, me crucé de brazos y le sostuve la mirada. Fría, seria y sin un atisbo de compasión. Quizá esa postura hiciera que sus palabras no llegaran hasta mi corazón, pues los brazos serían mi escudo.

Él seguía jugando, nervioso, con las manos y tenía un gesto entre acongojado y arrepentido.

—Han pasado ya dos minutos —dije certera—; te quedan ocho.

Joder, ni yo misma me reconocía. Eran el odio y el rencor hacia él los que estaban hablando por mí. Pero era mejor así; prefería que escociera ahora que no toda la vida.

—Naira, yo... —cogió aire— te prometo que tenía pensado todo lo que quería decirte, te lo juro; hasta alguna vez lo había ensayado, pero joder, ahora, teniéndote enfrente, es mucho más difícil de lo que pensé.

No me inmuté por fuera, pero por dentro empecé a ablandarme un poco. Había sido su voz. Estaba segura. Fue escucharle decir mi nombre y provocarme esa reacción. Pero tenía que mantenerme entera. No podía caer a la primera palabra, al primer susurro.

—Joder —musitó, tocándose la nuca—, ¿te importa que nos sentemos? No me siento cómodo hablando con un sofá de por medio.

—No has venido a estar cómodo —ataqué.

—Entendido. Sabía que no iba a ser fácil.

—¿No? ¿Por qué? —ironicé—. No entiendo por qué lo dices.

—Naira, no puedo vivir sin ti. Te quiero. Te quiero desde el primer momento en que te vi en el baño del despacho de aquella discoteca. Aún no lo sabía, pero algo me decía que ibas a calar hondo en mí —dijo con desesperación—. Te juro que entre Úrsula y yo ya no hay nada. Solo te quiero a ti. Y no sé..., no sé cómo hacerte ver que eres la única mujer de mi vida.

Fue curioso escucharle decir todo eso y que no me provocara ni un poquito de lástima; al contrario, me encendió aún más. Algo empezó a arder dentro de mí, y estaba segura de que en nada empezaría a echar fuego por la boca en forma de palabras.

—Eso será ahora. Porque hace unos días éramos tres en la ecuación.

—Sí..., lo sé. Yo no sabía que Úrsula volvería ese día, el de la celebración de mis padres. Lo juro. Si no, ¿qué sentido tenía haberte invitado a ser mi pareja esa noche?

—No lo sé, dímelo tú.

—Nai...

—Naira —subrayé con contundencia.

—¿Cómo?

—Que me llamo Naira. Nai solo me llama la gente de confianza. Y tú no lo eres. Toma patada en el estómago.

—Está bien; supongo que me lo merezco.

Cada vez estaba más rabiosa; la templanza que estaba manteniendo hasta el momento se iba desvaneciendo con cada palabra que salía de su boca.

—¿Cuándo coño vas a empezar a contarme la verdad sobre tu novia y tú? —arremetí, recalando las palabras «tu novia»—. No sé hasta qué punto a ti te habrá afectado todo esto, pero a mí me ha dolido mucho, ¡demasiado! ¡Llegué a pensar que moriría de dolor! Así que creo que lo mínimo que me merezco es una puta explicación.

Se quedó callado, pensativo, como si no supiera cómo continuar la conversación. Se tocó el pelo varias veces, con un gesto que denotaba nerviosismo. Cogió aire mientras miraba al techo y, cuando lo exhaló, me miró y comenzó a hablar.

—Úrsula y yo nos conocimos hace años a través de nuestros padres. Mi madre y la suya compartían tardes en el club de golf y, a raíz de hablar sobre nosotros, decidieron que sería buena idea que nos presentaran. En ese tiempo, yo tenía diecinueve años y ella dieciocho. Nos prepararon una encerrona y acabamos cenando las dos familias juntas en casa de mis padres. Ahí fue donde la conocí en persona, y digo en persona porque mi madre ya me había martilleado la cabeza hablándome de ella y de todas sus virtudes —explicó—. A partir de esa noche, quedamos a solas algunos días hasta que empezamos a salir, hace tres años.

Algo empezó a incendiar mi estómago. ¿Tres años? ¿Me estaba diciendo que llevaba con ella tres largos años?

Se me debió de notar en la cara la ansiedad que estaba empezando a sentir, porque enseguida intervino.

—Déjame terminar. —Alzó la mano con cautela—. De ese tiempo, apenas nos hemos visto durante el último año.

Como si eso fuera a calmarme.

—Nunca hemos sido una pareja al uso. Quiero decir, nos veíamos muy poco porque ella viajaba mucho y, durante los últimos seis meses, no hemos tenido contacto físico ni apenas por teléfono.

—No quiero detalles, gracias —sentencié.

—Perdona. —Hizo una pausa y se tomó un tiempo antes de continuar—. El último año ya estábamos mal. La relación se enfriaba con el paso de los días y yo ya no sentía por ella nada más que amistad. Lo dejamos. Estuvimos seis meses separados, pero ella volvió a pedirme otra oportunidad y yo, no sé muy bien por qué, se la di.

—Porque eres un cabrón.

Me salió del alma.

—Ya... Nada más volver juntos, me dijo que se marchaba a estudiar fuera. Necesitaba alejarse de mí para ver si nos echábamos de menos.

Por Dios, que diga que no la extrañó.

—Y yo no la eché de menos, Naira —me dijo, mirándome a los ojos—; si no, no me hubiera fijado en ti.

Empezó a caminar despacio hacia mí. Yo me quedé quieta, firme como una columna, mientras mantenía una mirada dura y segura, pero estaba a punto de llorar. Se detuvo a escasos centímetros de mí. Estaba tan cerca que incluso podía sentir sus manos cogiendo las mías, aunque no fuera así.

—Cuando te conocí aquel día en la discoteca, Dios sabe que me cabreaste. Joder —suspiró mirando al techo—, me hiciste enfadar muchísimo. Pero hubo algo en ti que se quedó aquí —dijo, señalándose el pecho con el dedo índice.

—No sigas por ahí —negué con la cabeza—. No quiero rollos sentimentales que intenten ablandarme, Gael. No pretendo que llegues y me declares amor eterno. Me mentiste. Y lo hiciste con conocimiento. Creíste que podías engañarme y jugar a dos bandas, y lo hiciste. Joder... —exhalé con fuerza—, ¿tú eres consciente del daño que me has hecho? —alcé la voz—, ¿puedes llegar a entender que el día que salí de tu casa y me reconociste lo que tu madre me dijo me mataste en vida? —Se me nublaron los ojos por las lágrimas.

—Naira...

—¡No!, déjame terminar. ¡Dime la verdad de una jodida vez! —Levanté los brazos—. ¡Sé sincero conmigo por una vez en tu vida y dime qué coño tienes con ella! —Me enfurecí.

—Nada. Ya no hay nada, Naira. No lo había desde que se marchó. Aunque podría jurarte que antes ya no existía. Nai, yo... —se tocó el pelo con las dos manos, exasperado—; mira, ¿quieres que sea claro? Lo voy a ser. Desde hace más de seis meses no nos hemos acostado. ¡Desde que se fue se acabó! Habíamos acordado

verbalmente, por decirlo de alguna manera, que seguíamos juntos, pero no había nada, Naira, ¡nada!

—Mira, no quiero escuchar más. —No podía escuchar más—. Vete. No sé si han pasado los diez minutos, pero no quiero que sigas —dije, acercándome a la puerta.

Gael me agarró por la muñeca.

—No, déjame que te cuente, por favor. No quiero irme de aquí sin terminar de decir todo lo que quería contarte. Porque sé que, según salga por esa puerta, volverás a no cogerme el teléfono ni a responderme los mensajes. Así que, por favor, te pido que me dejes acabar.

Le miré con la respiración acelerada. Ya solo el contacto de su piel con la mía me provocó una descarga eléctrica que me recorrió todo el cuerpo. Interpretó mi inmovilidad como un sí para que continuara y así lo hizo.

—Lo que quiero decir es que, desde que empezamos tú y yo, solo he estado única y exclusivamente contigo. ¡Con nadie más!

Negué con la cabeza con incredulidad.

—No te creo —apunté.

—¡Es verdad, joder! La llamé para decirle que esto no funcionaba. Y nos confesamos mutuamente que no nos extrañábamos tanto como creíamos que sucedería. ¡Y eso era una señal!

—Una señal... ¡Una mierda, eso es lo que era! ¿A que no le dijiste que estabas con otra? ¿A que no le contaste que te estabas tirando a otra? —grité—. ¿A que ella no sabía que una tal Naira te había entregado su puta virginidad? —Lloré con rabia—. ¿A que no sabe que colgamos dos jodidas llaves de un árbol? ¿Qué sabe ella? ¿Eh? ¡Qué coño sabe!

—Naira...

—¡No! ¡Ni Naira ni hostias! ¿A que no lo sabe? —me encaré a él, con una rabia desproporcionada.

—No —confesó con un hilo de voz.

—Fuera de aquí, Gael —ordené, señalando la puerta—. ¡Fuera!

—No se lo dije en su momento, ¡lo sé! ¡Pero ahora lo sabe! ¡Se lo dije cuando llegó por sorpresa a la fiesta!

Sonreí con ironía y con una frialdad que hasta me dio miedo a mí misma.

—Eres un jodido cobarde que prefirió esperar hasta que la mentira no pudo sostenerse por más tiempo.

Abrí la puerta y, desafiándole con la mirada, esperé a que saliera.

—Supongo que es una despedida —susurró.

—Supones bien. No me vuelvas a llamar si no quieres que te bloquee en el teléfono.

—Entiendo.

Y se acercó con paso lento hasta la puerta. Pero antes de salir, se dio la vuelta y, a escasos centímetros de mí, me dijo:

—Solo quiero que sepas que lo que sentí era real —musitó— y lo sigue siendo. Te quiero, Naira. Ojalá pudiera cambiar las cosas, pero cargo con la culpa de haberlo hecho mal. Me lo merezco. Pero por favor te pido que, cuando lo creas conveniente y el tiempo haya asentado todo un poco, volvamos a hablar. Te amo, Nai.

Los ojos se me volvieron a empañar y, aunque me moría por abrazarle y llorar todo lo que llevaba dentro, tenía que ser fuerte. No podía derrumbarme por un te quiero.

Y con todo mi cuerpo temblando, empecé a cerrar la puerta hasta que lo hice del todo.

Me apoyé en ella y dejé resbalar la espalda hasta el suelo, donde me quedé hecha un ovillo.



Esa semana pasó demasiado rápido. Creo que fue porque Cloe y yo nos centramos en la preparación de la fiesta del cumpleaños de Noe, que era ese mismo sábado.

No recibí ni llamadas ni mensajes de Gael, cosa que agradecí. Aquella conversación que habíamos tenido unos días atrás me había dejado agotada, sin saber cómo afrontar la situación, pero, por otro lado, algo más tranquila porque ya conocía el porqué. No sabía si era la explicación que quería, pero al menos la tenía. Ya era consciente de que yo no había tenido ninguna culpa de nada, y conocer eso me produjo un gran alivio.

Mentiría si dijera que no pensé en él a lo largo de la semana. Todos los días estaba en mi cabeza mientras me decía que me amaba, que me quería y que me esperaría. Reconozco que no me sentía orgullosa de pensar en Gael a diario, pero tampoco me sentía culpable. En ese momento, estaba haciendo lo que el corazón me pedía. Y era solo eso. Recordar.

El viernes por la mañana había quedado en ir a casa de Cloe para terminar con los preparativos. No sorprendería a nadie si dijera que mi amiga se puso en contacto con Hugo para que nos echara un cable en toda la organización. Y tampoco es una sorpresa decir que Hugo, casi sin que ella hubiera terminado la frase, le respondió con un sí rotundo. Ojo, que yo me alegré, pero había cosas que saltaban a la vista sin necesidad de que nadie te las contara.

Me preparé y llegué a la hora en que habíamos quedado. Su hermano me abrió la puerta con una gran sonrisa.

—Hola, enano —le dije.

—De enano nada, ¿eh? —sacó pecho—, que ya soy casi todo un adolescente.

—Usted perdone —me reí—. ¿Está tu hermana?

—Sí, está en la habitación.

—Gracias, chico casi adolescente —respondí.

Sonrió con suficiencia. Las nuevas generaciones venían fuertes.

—Toc toc, ¿se puede? —dije desde el umbral de la habitación de Cloe.

—¡Claro, pasa!

Se levantó para darme un abrazo y después se volvió a sentar en la cama.

—Mira, estoy repasando la lista de invitados al cumple de mañana. Ayúdame; no sé por qué me da que me falta alguien.

—A ver, trae.

Me pasó el portátil y me lo puso en las rodillas mientras leía.

Había gente del instituto, unas primas de Noe a las que su madre nos pidió que llamáramos, aunque jamás las habíamos visto..., bueno, las personas que habíamos invitado ya.

Y, según estaba terminando de leer la lista, ante mí apareció un nombre entre interrogaciones que llamó mi atención. Miré a Cloe, extrañada.

—¿Rubén?, ¿vamos a invitar a Rubén? —pregunté.

—Ehh... no si no quieres. De hecho, está en interrogante por eso. No sabía si querías que le dijéramos algo.

—Ya está todo el mundo avisado; no tiene sentido llamarle con tan poca antelación —intenté eludir el tema.

No tenía nada claro si quería que fuera o no. Sabía que ella lo hacía por mí, pero no quería más complicaciones. Bastante tenía con la conversación con Gael como para liar más el ovillo con Rubén.

—Pensé que...

—Déjalo, Cloe —dije, poniendo mi mano sobre la suya—. Te lo agradezco, pero mejor no.

—Pues si tú no quieres, lo borramos y listo.

Y dicho y hecho. Señaló su nombre con el ratón y lo eliminó. Qué fácil. Ojalá se pudiera eliminar de la mente a determinadas personas únicamente con un clic.

—¿Y va a venir Raúl? Lo has quitado de la lista. Recuerdo que lo pusimos —pregunté.

—Sí, bueno, me ha dicho que tenía que quedarse trabajando con su padre —musitó, bajando la mirada.

—Ah —respondí, sorprendida, sin dejar de mirar la pantalla—. ¿Todo bien con él?

—Sí.

Mentira.

—Vale. —No insistí.

—No.

—¿No qué, Cloe? —No hizo falta.

—Que no va bien, Nai.

Dejé el ordenador sobre la cama y me coloqué frente a ella. Eso tenía pinta de conversación de mal de amores. Era más que evidente que no estaban bien y que me estaba escondiendo algo. El fin de semana anterior, en la fiesta de cumpleaños, fue bastante evidente el distanciamiento que mi amiga empezaba a mostrar con su novio.

—¿Qué pasa, pequeña? —le dije, cogiéndola de las manos.

—Pues... nos hemos dado un tiempo, Nai.

—¿Qué? A ver... —pestañeé varias veces—, te he oído, pero ¿ha pasado algo grave?

—Pues lo que os conté; la cosa cada vez está más fría. Y yo, la verdad, es que no hago nada para que se caliente. De hecho, hasta no me molestó que me dijera el otro día que no venía. ¡Y me siento mal por pensar así!

—Cloe, cariño, las cosas son como vienen. No puedes forzarte a sentir algo que no sientes.

—Sí, lo sé, pero...

—¿Has hablado de esto con él?

—Sí pero no. Hemos hablado por teléfono esta semana de que la cosa no iba muy bien.

—¿Y?

—Pues que él me dice que podemos arreglarlo. Yo le he pedido tiempo. Tiempo separados para pensar y ver qué hay entre nosotros. Necesito espacio.

—Joder, cómo me suena eso —susurré, mirando hacia otro lado.

—¿Cómo?

—Nada, nada. Perdona; continúa.

—Pues eso. Que hemos decidido no vernos durante unas semanas, a ver qué tal.

—¿Tú cómo estás?

—Pues me encuentro rara. Lo conozco desde siempre y pensaba que esto iba a ser para toda la vida.

—A lo mejor lo es.

—Puede ser..., no lo sé. Estoy hecha un lío.

Me quedé mirándola mientras ella jugueteaba con el móvil en las manos. Sabía que a lo mejor entraba en un tema pantanoso, pero tenía la obligación de preguntárselo.

—Y corrígeme si me equivoco, pero creo que Hugo también tiene algo que ver en esto, ¿no?

Cloe cogió aire mientras dirigía la mirada hacia la ventana. Se tomó su tiempo en responder.

—¿Qué hago, Nai? Cada vez me gusta más.

La abracé con fuerza y ella apoyó la cabeza sobre mi hombro. Suspiró un par de veces y después se incorporó de nuevo.

—No te presiones, cariño —dije—. Lo que tenga que pasar, pasará. No te impongas tiempos, deja que todo fluya. Si quieres mi humilde opinión, de lo poco que conozco a Hugo, él te mira diferente. Te pone ojitos. —Alcé una ceja.

—¿Qué dices! —sonrió.

—Que creo que le gustas.

—No sé...

—Pero, en serio; no te agobies.

—Joder, qué difícil es esto de gestionar los sentimientos. Deberíamos tener un clic en la cabeza que se apretara cuando tuviéramos pareja y evitara que te fijaras en otras personas.

—Pero ¿sabes qué? —le dije, acariciándole la barbilla.

—Qué.

—Que ahí estaría el corazón para desconectarlo.

Nos dimos un abrazo y, cuando parecía que Cloe estaba un poquito más relajada, nos quedamos en la habitación terminando de cuadrar todo para la fiesta. Nada podía salir mal en el decimoctavo cumpleaños de nuestra unicornia Noe.



El sábado por la mañana, Cloe, Hugo y yo nos acercamos a revisar que no faltara nada para la celebración y que todo estuviera en orden.

Él nos había conseguido un ático para la fiesta. Tenía contactos y uno de ellos nos lo cedió porque le debía un favor. La decoración corrió a cargo de un par de amigas de Hugo.

La verdad es que se había portado fenomenal con nosotras, aunque creo que lo hacía más por Cloe que por mí, pero, oye, se lo agradecía igual.

Nada más entrar en el ático, los ojos se nos abrieron como platos. La decoración era exquisita, sin ser recargada, y no faltaba de nada; estaba cuidado hasta el último detalle.

Pero, sin duda, lo mejor estaba por llegar, y era la terraza la que se llevó la palma. Un montón de pequeñas bombillas colgaban de un lado a otro como si fueran estrellas; sillones blancos, estratégicamente colocados en laterales y esquinas, y un halo de magia que envolvía el ambiente.

—¡Hugo! ¡Ha quedado precioso! —dijo Cloe, sorprendida, mirando de un lado a otro.

Un babero para mi amiga, por favor.

—¡Hugo, esto es espectacular! —afirmé.

—Gracias, chicas —dijo él nervioso, tocándose la nuca—. Me alegro de que os guste. Es algo minimalista, pero espero que a Noemí le agrade.

—¡Claro que le va a gustar! —dijimos las dos a la vez.

—Solo falta que traigan la comida y la bebida... y listo. ¿A qué hora habéis quedado con ella?

—Le hemos dicho que pasaríamos a buscarla por su casa sobre las ocho y media —respondió Cloe, con los ojos casi expulsando confeti mientras le miraba.

—Genial. Les llamaré para que lo traigan sobre las ocho, entonces.

—¿Quieres que estemos aquí alguna para cuando lleguen? —preguntó Cloe.

—No, tranquila —le sonrió—; yo estaré aquí para recibirlos.

Ambos se quedaron mirándose, con una sonrisa tan romántica que hasta me pareció ver salir de ella corazoncitos rosas. Joder, estos chicos se gustaban. Estaba clarísimo que yo allí sobraba.

Cloe no tenía que convencerme de que sentía algo por él porque se le notaba a kilómetros, pero que él lo sentía también por ella era más que evidente. Ambos lo llevaban escrito en la frente.

En ese instante, la melodía de mi teléfono empezó a sonar. Los tortolitos salieron de su ensimismamiento para mirarme a la vez. Abrí el pequeño bolso de unicornios que llevaba y saqué el móvil. En la pantalla parpadeaba el nombre de Rubén.

—Es Rubén —exclamé antes de cogerlo.

Hugo se quedó mirando a Cloe, extrañado, como preguntando quién era aquel Rubén.

—¿Sí? —dije al descolgar.

—Hola, guapa. Soy Rubén.

—Hola, Rubén, ¿qué tal?

—Bien, ahora en un descanso en la academia, entre clase y clase.

—Vaya, por lo que veo, te estás preparando a conciencia, ¿no?

—Sí —intuí que sonreía por el tono de voz—, si quiero sacármelo pronto, hay que darlo todo.

—Di que sí.

—¿Y tú por dónde andas?

—Pues ahora estoy con Cloe y un amigo ultimando los preparativos para la fiesta de cumple de Noe.

—¡Vaya! ¡Vas de cumpleaños en cumpleaños!

—¡Sí! Todo el día de celebraciones —me reí.

—Y yo que te llamaba por si te apetecía tomarte algo esta noche conmigo...

—Ah. Pues es que no puedo. Lo celebramos hoy.

—Bueno, tranquila; si no, lo dejamos para otro día. ¿Mañana te viene bien?

Me quedé pensando un segundo; quizá no era tan mala idea que se pasara a tomar algo con nosotras en el cumple, ¿no? Lo mismo hasta era divertido. Además, me apetecía volver a verlo después del fin de semana de acampada tan ajetreado que tuvimos. Por llamarlo de alguna manera.

—Espera. Estaba pensando que... No sé..., lo mismo te apetecía pasarte por aquí un rato esta noche.

—¿Por el cumpleaños?

—Sí.

—Hombre, por mí encantado, pero no sé si a Noemí le importará. Al fin y al cabo, es su fiesta.

—No te preocupes por eso; tenemos carta blanca para las invitaciones.

—¡Ah, bueno! Entonces, me apunto. ¿Te viene bien que me pase sobre las diez?

—Claro, cuando quieras. Ahora te mando la ubicación al móvil para que tengas la dirección. ¿Te parece?

—Estupendo. Entonces, nos vemos esta noche.

—Genial.

—Oye, pero tengo que hacerte una pregunta personal —dijo serio—. Espero que no te incomode.

—Joder, me estás asustando. Dime.

—Esta vez irás vestida, ¿no?

Se oyó una carcajada desde el otro lado del auricular.

—Pero ¡serás capullo! —me reí también—. Te vas a enterar cuando te vea.

—Hasta luego, Naira. Nos vemos esta noche.

—Adiós, gracioso.

Y colgué con una sonrisa en los labios.

Cloe y Hugo se habían sentado en unos de los sillones que había junto a la pared. Hablaban animados y muy joviales. Me acerqué a ellos y me recibieron con la misma expresión que se me había quedado a mí al colgar.

—¿Ya? —preguntó Cloe.

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Bien. Al final... le he dicho si quería pasarse un rato esta noche y me ha dicho que sí —le conté con un mohín.

—¡Eso es estupendo! —se alegró mi amiga.

Pero lo que no me pasó desapercibido fue el gesto de Hugo. Hasta ese mismo momento no caí en que estaba hablando, delante del mejor amigo de mi exnovio, de que había quedado con otro chico. Joder, Naira, ya te vale. Podrías tener un poquito más de tacto.

—Supongo —susurré—. Bueno, ¿nos vamos?

—Sí —respondió Hugo, levantándose y pasando por mi lado sin decir nada.

—¿Se ha mosqueado? —le pregunté a Cloe, una vez Hugo salió de la terraza.

—No sé. Enfadado no creo, pero me ha dicho que le jode ver a Gael tan mal y que tú ya empieces a conocer a otros chicos.

—Pero ¿y él qué coño sabe?

—Bueno, le dije que le conocías del fin de semana pasado.

—Ya..., ¡pero estaría cojonudo que tuviera que enclaustrarme en mi casa! Pues si le jode, que se aguante.

—Shhh..., baja la voz, Nai.

—Joder, es que no es justo. Entiendo que le pueda sentar mal por su amigo, pero que Gael se lo hubiera pensado antes de enrollarse con dos tías a la vez.

Salimos a la calle en silencio. Se notaba la tensión. Los tres sabíamos lo que había, pero nadie decía nada. Yo estaba mosqueada, y no era precisamente una persona que disimulara estas cosas, así que, si Hugo se había dado cuenta de que estaba molesta, me alegraba. Era humana, joder; la vida continuaba.

—Bueno, yo tengo el coche al final de esta calle —dijo, mirando a mi amiga.

—Nosotras volvemos en metro —respondí, sin darle tiempo a Cloe a decir nada.

—Vale. Pues nos vemos esta noche —se despidió Hugo—. Cloe, luego hablamos para sincronizarlo todo.

—Genial. Hasta luego.

—Hasta luego —dije yo también.

Y no lo volvimos a ver hasta que llegamos a la fiesta, acompañadas de nuestra amiga Noemí, quien, a partir de ese día, ya sería mayor de edad.



NOE

Aquella mañana, Noe se levantó bastante temprano. Su madre la había despertado pronto para darle un gran abrazo y felicitarla por su dieciocho cumpleaños.

—¡¡¡Felicidades, mi niña!!!

—¿Qué? —dijo, adormilada aún.

—Que ya eres mayor de edad, cariño.

Noe abrió los ojos como platos, como si le hubiera dado una noticia que no supiera. Se incorporó en la cama de un brinco y sonrió de oreja a oreja.

—¡¡¡Sí!!! ¡¡¡Por fin!!!

En ese momento, fue ella la que se abalanzó sobre su madre para abrazarla. Seguían siendo un equipo.

Las cosas entre ambas iban algo mejor. Se mantenían las distancias entre Ana, la novia de su madre, y ella, pero por lo menos la relación madre-hija no era tan tensa. Las dos habían tenido que hacer un gran esfuerzo por apaciguar las cosas, y ya estaban viendo su recompensa. Una relación sana, confiada y en la que ambas respetaban el espacio que necesitaban.

—Te he comprado un regalito —susurró la madre.

—¿Sí? ¡Dámelo ya! —respondió Noe, dando pequeñas palmadas.

—Espera, que voy a mi habitación. Si no lo llego a esconder, seguro que lo habrías encontrado.

—Bueno, reconozco que algo he buscado, pero poco, ¿eh?

Noe aguardó paciente, sentada en la cama, mientras esperaba que su madre apareciera por la puerta con su regalo. Miró hacia la mesilla y cogió el móvil, que había dejado cargando la noche anterior. Hoy era un día en el que se preveía que utilizaría mucho el teléfono, así que prefería tenerlo totalmente cargado.

Miró los mensajes: tenía un montón. Amigos, familiares..., todos la felicitaban por su día. Sus unicornias le ponían que esperarían a llamarla cuando estuviera despierta, pero, claro, lo que ellas no sabían era que Fabiola la iba a despertar tan temprano.

Volvió a mirar los mensajes y se quedó pensativa mientras observaba la pantalla. Echaba en falta uno, uno que había soñado tantas noches en recibir. El de Marco. La

noche anterior se había dormido pensando en que a las doce en punto recibiría el mensaje que aquel chico un día le prometió.

—¡Ya estoy aquí! —dijo su madre, entrando por la puerta y sacándola de sus pensamientos.

Dejó el móvil con rapidez para recibir el obsequio. Fabiola le entregó una caja rectangular con poco fondo, de color rosa palo. Si al principio pensó que sería ropa, estaba muy equivocada, a no ser que fuera un tanga. Era lo único que podía haber ahí.

—Venga, ¡ábrelo! —apremió Fabiola con una sonrisa.

—Voy, voy.

Primero retiró el lazo que adornaba la caja y del que colgaba una pequeña tarjeta donde había algo escrito. La leyó en alto:

Muchísimas felicidades, cariño. Espero que disfrutes de tu cumpleaños. Te quiero con locura. Mamá.

Noe se acercó a darle un beso a su madre, sin haber abierto aún la caja.

—Yo también te quiero mucho, mamá, aunque a veces no lo demuestre —dijo con un mohín.

—Lo sé, mi niña. Pero, bueno, vamos a dejarnos de ñoñerías y ábrelo antes de que te quite la caja y lo haga yo, que me estás poniendo nerviosa.

—Vale, vale. Tranquila, que voy —se rio.

Noe finalmente la abrió y vio que dentro había un sobre blanco. Miró a su madre, extrañada, y a ella se le amplió la sonrisa. Lo sacó con cuidado; era blanco y no había nada escrito por ningún lado.

—¿Y esto?

—Abre el sobre, a ver si te gusta lo que hay dentro.

Abrió la solapa con cuidado, aunque no estaba pegada, y del interior sacó dos billetes de avión. Los ojos se le abrieron como platos. Aún no había visto el destino, pero solo ver que eran para volar se le cortó la respiración.

—Pero... —acertó a decir mientras los seguía observando— ¡son dos billetes de avión a... Londres! ¡Para dentro de quince días!

Se puso de pie en la cama y empezó a saltar como una loca.

—¡Nos vamos a Londres! ¡Sí!

Después, se volvió a tirar encima de su madre para darle un montón de sonoros besos, que despertaron las carcajadas de Fabiola. Qué estampa más bonita y familiar.

—Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero —repetía Noe una y otra vez, sin soltarla.

—Vale, vale... —se reía su madre—. Pero espera un momento, que quiero decirte algo.

Noe se recolocó la camiseta del pijama, suspiró y se sentó de nuevo, con la respiración agitada por la emoción y muy atenta a lo que su madre quería decirle.

—A ver —comenzó Fabiola—, como bien has visto, son dos billetes de avión. Uno para ti y otro para quien tú quieras que te acompañe, cariño.

—Pero... yo pensé que era para ti.

—Cariño, yo quiero que disfrutes al máximo del viaje, y me temo que yo no soy la fiesta en persona. Si tú quieres que tu acompañante sea yo, estaré encantada, pero si quieres que sea alguna de tus amigas u otra persona, también lo estaré. ¿Me has entendido?

—Joder, mamá, eres la hostia —exclamó Noe.

—¡Noe! ¡Habla bien!

—Síííí, es que es verdad. Yo no soy tampoco precisamente la empatía personificada, y mira todo lo que haces por mí.

—Noe, eres y serás mi hija por encima de todas las cosas. Eso tenlo muy claro. Nada ni nadie va a ocupar tu lugar nunca. ¿Me oyes? Nunca. Pero ahora no es momento de preocuparnos por eso. Disfruta de tu cumpleaños y piensa en quién quieres que vaya contigo. ¿Te parece?

—Claro que sí, mamá.

—Pues venga, vamos a desayunar. Anoche dejé preparado un bizcocho de manzana riquísimo.

Fabiola se levantaba de la cama para marcharse cuando su hija le dijo:

—Mamá, nunca olvides que lo eres todo para mí, aunque no te lo diga o incluso parezca todo lo contrario. Nunca lo dudes, ¿vale?

Su madre se dio la vuelta y vio como Noe se levantaba corriendo de la cama para acercarse a ella. Ambas se fundieron en un fuerte abrazo que les hizo recuperar, de alguna manera, lo perdido en las últimas semanas. Se recompusieron mutuamente con solo el calor de la otra persona.

Mientras estaban desayunando, alguien llamó al telefonillo. Su madre se levantó y contestó.

—Un momento, por favor —dijo.

Y después se dirigió a la cocina.

—¿Quién es? —preguntó Noe mientras cogía otro trozo de bizcocho.

—No sé. Preguntan por ti.

—¿Por mí?

—Sí.

—Bueno, pues voy a ver quién es.

Noe se levantó de la silla y se acercó al rellano para esperar a la persona que la llamaba. Según llegó el ascensor, vio a un repartidor con un gran ramo de flores en una mano y una caja en la otra. Se quedó alucinada y bastante desconcertada.

—Hola —dijo el chico—, ¿es usted Noemí?

—Eh, sí, soy yo. Y no me llames de usted, por favor, que me haces sentir vieja.

—Vale —sonrió el chico—. Pues esto es para ti. Si me puedes firmar aquí, por favor... —dijo, entregándole las dos cosas y poniendo un papel delante para que pusiera su rúbrica.

—Pero... y ¿esto de quién es?

—No lo sé —alzó las cejas—, pero tiene tarjeta. Que tenga un buen día. —Y se metió en el ascensor.

Entró en casa, temblando por los nervios y la ilusión. Pero ¿quién le mandaría flores? Si ella era la persona menos romántica del mundo... ¿Y qué habría en esa caja?

Lo primero que hizo fue buscar la tarjeta en el ramo. No le costó mucho encontrarla: estaba pegada con un trocito de celo al plástico decorativo. La cogió con el pulso acelerado y con una curiosidad desmedida. La abrió y, cuando la empezó a leer, una sonrisa iluminó su rostro y su mirada.

Felicidades, Noemí. ¿Pensabas que te habías librado de mí? Al final, he conseguido aguantar sin escribirte, pero no te creas que ha sido nada fácil, así que espero que nos veamos pronto. Llamarte preciosa ya no será delito. Luego te llamo. Un besazo, Marco.

«No me lo puedo creer», susurró para sus adentros mientras se llevaba la mano a los labios.

Después, dejó el ramo sobre la mesa del salón y cogió la caja. Por su forma, era parecida a una de zapatos, de color dorado. La abrió y descubrió una bolsa blanca como refrigerante. Ya sabía lo que había dentro sin haberlo visto; enseguida se confirmaron sus sospechas.

—Qué cabrón —musitó, sin dejar de sonreír.

Una tarrina de helado de *banoffee* y otra nota.

Al final, he tenido que comprármelo para poder entender por qué es tu favorito. Y lo he descubierto enseguida: es dulce como tú.

Noe se derritió en ese momento más que el helado. El corazón le empezó a ir a mil por hora. Marco no solo se había acordado de su cumpleaños, sino que ¡se había tomado la molestia de enviarle flores y su helado favorito!

Cogió ambas cosas, emocionada, y se fue corriendo a la cocina a mostrárselo a su madre.



Habíamos quedado con Noe en el portal de su casa a las ocho y media, así que, sobre las siete, me empecé a arreglar. Teníamos un par de paradas de metro hasta el ático donde celebraríamos la fiesta de cumpleaños.

Estaba un poco nerviosa por volver a ver a Rubén; al fin y al cabo, nos habíamos enrollado la semana anterior. Vale que había sido algo *light* y que no tuvo mayor trascendencia que cuatro besos, pero, bueno, yo no estaba acostumbrada a liarme con alguien a quien acababa de conocer y por eso, para mí, era una situación diferente a lo que había vivido hasta ahora.

Me puse un vestido rojo corto, de tirante ancho, de Tegus. Lo acompañé de unas sandalias de plataforma del mismo color y un pequeño bolso. Me ricé un poco el pelo con espuma y me maquillé especialmente los ojos, con un estilo *smoke* para oscurecerlos.

Esa noche dormiríamos las tres en casa de Noe. Su madre nos había cedido su cama para que termináramos la fiesta allí. Supongo que también aprovecharía para ver a Ana y así no tener que justificárselo a su hija. No sé. El caso es que teníamos la casa para nosotras solas.

Cloe y yo también quedamos a las ocho y media en el portal de Noe para salir las tres juntas desde allí.

Cuando yo estaba llegando, ella ya esperaba, apoyada en la puerta, mientras hablaba por teléfono con una sonrisa que la delataba. No hacía falta pensar mucho para deducir quién estaba al otro lado de la línea. En cuanto me vio llegar, oí que decía «ahora nos vemos», o algo así, y colgó.

—¡Hola, mi niña! —dijo, acercándose a mí para darme un abrazo.

—¡Hola, preciosa!

Me eché hacia atrás para observarla de arriba abajo y me dejó de piedra. Llevaba una minifalda blanca, un top de lencería negro y unos taconazos.

—¡Joder! Pero ¡bueno! ¡Estás... impresionante! —dije, emocionada.

—¿Qué dices? —respondió, alisándose la falda como si quisiera estirarla—. Es solo una falda y una camiseta.

—No, no lo es y lo sabes. ¿Hace cuántos años que no te veo con una minifalda?

—Puff... muchos.

—Por eso. Pero, vamos, que yo ¡estoy encantada! ¡Estás asombrosa!

«Y mucho más delgada», pensé.

—Al final, me vas a poner colorada.

—Bueno, y ¿con quién hablabas tan sonriente? —bromeé.

—¿Sonriente? ¡Anda! ¡Deja de ver cosas donde no las hay! —sonrió tímida.

—¿Yo? ¡Qué va! Solo preguntaba con quién hablabas.

—Lo sabes.

—Mmm... ¿Hugo? —Me hice la interesante.

—Pues claro, si lo sabes desde que has llegado. Cómo te gusta sacarme los colores, joder.

Me entró la risa y le di un sonoro beso en la mejilla.

—Ay, qué bonita eres —dije al separarme—. ¿Y te ha dicho si está todo preparado?

—Sí, todo controlado.

—Genial.

La del cumpleaños bajó cinco minutos tarde, pero como era su día, se lo permitimos sin rechistar. Hizo una salida triunfal. Estaba despampanante. Todo su atuendo consistía en un vestido rojo ajustado, que resaltaba el color de su pelo. Se había hecho unas ondas, con un peinado tipo años veinte, y se había maquillado los labios del mismo color del vestido. Era la mujer de rojo.

Al salir del portal posó como si cientos de fotógrafos la esperaran y puso morritos para todas aquellas fotos invisibles. Después, se empezó a reír y nos abrazó a las dos a la vez.

—¡¡¡Unicornias!!! ¡¡¡Allá vamos!!!

En el metro, hubo algún que otro grupo de chicos que nos piropearon, pero con cosas bonitas, nada soez. Porque algunas veces es para darte la vuelta y decirles un par de cosas.

—A ver, ¿adónde me lleváis? —preguntó Noe, nerviosa.

—Al matadero —respondí entre risas.

—¡¡¡Chicas, es que estoy de los nervios!!!

—Ya lo sabemos. Por eso no te decimos nada, para que estés todavía un poquito más.

—Sois unas cabronas.

—Lo sabemos —respondió Cloe.

En el metro nos contó lo del regalo sorpresa de Marco. Las flores, el helado y la música de violines que estuvo escuchando durante un rato, sin parar de sonreír. Me pareció tan tierna cuando nos lo contaba que me di cuenta de que era la primera vez que Noe ponía ojitos y mucho corazón al hablar de un chico.

—¿Y te ha llamado ya? —pregunté.

—Que va —respondió desilusionada—. Pensé que lo haría, pero, de momento, nada.

—Bueno, tú tranquila. Ya verás como pronto sonará el teléfono.

—Eso espero, porque después del subidón de los regalos, no quiero darme la hostia del siglo.

Llegamos a nuestro destino a las nueve menos cuarto. No tardamos apenas nada en llegar. Nos paramos frente a un portal y Cloe sacó de su bolso un pequeño pañuelo.

—Date la vuelta, que te vamos a vendar los ojos —dije.

—¿Qué? Ni de coña. ¿Y si se me corre la máscara de pestañas?

—¡Venga ya! Va a ser un par de minutos, nada más.

—Joder, qué coqueta eres —rio Cloe.

—¿Coqueta? ¿Yo? No sé por qué lo dices —ironizó.

Conseguimos vendarle los ojos y después Cloe hizo una llamada perdida a Hugo para que nos abriera la puerta sin tener que llamar al telefonillo y, de esa manera, Noe no reconociera la voz de quien había descolgado.

Entramos en el portal y le vacilamos un poco; le decíamos que había escalones donde eran inexistentes o que se agarrara a unas barandillas que en realidad no había. Nos insultó varias veces, con la alegría que la caracterizaba, y terminamos riéndonos las tres a carcajada limpia.

Después de marearla un poco, la llevamos hasta el ascensor y pulsamos el botón del ático.

Cuando llegamos a nuestra planta, la puerta A del rellano estaba entreabierta. Nos paramos justo delante de ella y nos miramos ilusionadas antes de quitarle la venda de los ojos.

—Chicas, ¿ya? Os repito que estoy muy nerviosa, y con los ojos tapados, ni os cuento.

—Un segundito. ¡No seas impaciente!

La acompañamos hasta la entrada del piso. Estaba prácticamente vacío en el centro, con varios sillones blancos junto a las paredes. Un par de pequeñas barras de bar en las esquinas, con todo lo necesario para prepararte lo que quisieras, y dos mesas con algo para picar. No faltaba ni un detalle.

Había guirnaldas colgadas del techo y un póster con su foto y un gran «felicidades» en la pared más grande.

La gente esperaba en la terraza. Desde luego, era lo que más valía de la casa. Era espectacular y enorme. Estaba decorada con pequeñas bombillas redondas que iban de pared a pared y creaban un cielo improvisado repleto de estrellas. También había una zona de tranquilidad, con sillones blancos, y una pista de baile improvisada, donde un potente equipo de música y enormes altavoces harían las veces de DJ.

La situamos ante la puerta de la terraza. Los invitados guardaban un silencio sepulcral. A mí casi me entra la risa al verlos a todos a punto de empezar a soltar la carcajada.

—¿Estás preparada? —preguntó Cloe, empezando a desanudarle el pañuelo.

—¡Sí! ¡Desde hace un rato! —gruñó.

—Una..., dos... ¡y tres! —Adiós pañuelo.

En ese momento, se oyó el grito de ¡sorpresa! Noe se puso las manos en la boca, con un gesto de asombro.

—Pero...

La gente empezaba a acercarse a ella para besarla y tirarle de las orejas cuando mi móvil comenzó a sonar. Al ver quién me llamaba, me asusté. Era Fabiola, la madre de Noe. Me alejé un poco del bullicio y lo cogí.

—¿Sí?

—Hola, Naira, cariño. Soy Fabiola.

—Hola, Fabiola, ¿cómo estás?

—Bien, bien. ¿Cómo va el cumpleaños?

—¡Genial! Acabamos de dar el pistoletazo de salida.

—¡Qué bien! Mira, te llamaba porque está aquí un chico que dice que es amigo de Noe, que venía a felicitarla. Le he dicho que no estaba y me pregunta dónde puede encontrarla.

—¿Y cómo se llama? —pregunté, extrañada.

—Espera, ¿cuál es tu nombre? —susurró, tapando el auricular—. Marco, dice que se llama Marco.

Se me paró el corazón.

—¡No jodas!

—¿Cómo?

—Ay, perdona, Fabiola. —Contuve la emoción—. Pues mira, ¿me lo puedes pasar un momento?

—Sí, claro, espera.

Se oyó una pequeña interferencia y después oí la voz de un hombre.

—Sí, ¿dígame? —respondió.

—¿Marco?

—Sí, soy yo.

—Encantada, soy Naira, una de las mejores amigas de Noe.

—¡Ah! Encantado, Naira.

—Mira, me acaba de contar Fabiola que estás allí. Nosotras estamos en una fiesta que le hemos preparado a Noe. ¿Te apetece pasarte por aquí?

—¡Claro! Si no es mucha molestia...

—¡Qué va! A Noe le va a gustar verte.

—Y a mí verla a ella.

—Voy a mandar la ubicación al móvil de Fabiola y te vienes. ¿Te parece?

—Me parece perfecto.

—¡Genial! ¡Pues ahora nos vemos!

—Naira.

—Dime.

—No le digas que voy, ¿vale? Quiero que sea una sorpresa.

—No pensaba hacerlo; me muero por ver su cara cuando te vea.

Nada más colgar, mandé la ubicación y corrí como una gacela a contárselo a Cloe, que evidentemente estaba hablando con Hugo. En cuanto se lo dije, nos abrazamos dando saltitos mientras Hugo nos miraba raro, pero con una sonrisa en la boca.

En nada, asistiríamos al reencuentro de Noe con el único chico del que la habíamos oído hablar con chispitas en los ojos.



Llevábamos como media hora de celebración cuando Hugo se acercó a mí. Yo estaba en la mesa de la comida, dudando entre comerme un trozo de tortilla de patata (mi debilidad) o un poquito de empanada.

—Hola, Naira —dijo medio sonriendo y con las manos en los bolsillos.

—Hola, Hugo —respondí, aún un poco molesta por lo de antes.

—¿Podemos hablar un momento?

—Sí, claro; dime —respondí, todavía con la mirada en la comida.

—¿Salimos a la terraza? Creo que estaremos más tranquilos.

—Espera, que cojo algo de beber —le dije.

—Perfecto.

Me serví un refresco y fuimos juntos hasta la terraza. Ya había anochecido y las vistas desde la barandilla eran increíbles. Nos apoyamos en ella mirando al frente, sin decir nada, hasta que él abrió el fuego.

—Lo siento.

Cogí aire y lo solté lentamente.

—Hugo, no tienes que pedirme perdón.

—Siento si antes te he podido ofender.

—A ver —me volví para mirarle—, puedo entender que te moleste verme con otro chico. Al fin y al cabo, Gael es tu mejor amigo. Pero quien la cagó fue él. Yo no hice nada.

—Lo sé. Pero, coño, es que le veo tan jodido, Naira...

—¡Y yo también estoy muy jodida! ¡Pero intento seguir adelante!

—No sale de casa, no quiere hablar con nadie. Estoy muy preocupado por él.

Reconozco que no me estaba ayudando nada que me estuviera contando todas esas cosas. Al revés; imaginármelo mal era una cosa, pero que me lo estuviera confirmando su mejor amigo era otra muy distinta. Hasta me estaban empezando a temblar las piernas. ¿Tan mal estaba?

—Preocupado ¿por qué? —pregunté, con un nudo en la garganta.

—Porque al final va a caer enfermo, Naira —resopló—. Sus padres están muy preocupados por él. El otro día me llamaron porque Gael no les respondía al teléfono desde hacía un par de días. Me dieron una copia de las llaves del ático y entré sin llamar.

—¿Por qué no fueron ellos? —insistí, intentando no mostrar mi inquietud.

—Su madre es de las que piensan que se lo encontrará muerto en la cama por una sobredosis de heroína —dijo, mirando al frente.

—¡Joder, Hugo! ¡No digas eso!

—¡No lo digo yo! ¡Lo dice su madre!

—Y cuando entraste, ¿dónde estaba?

—Pues me encontré la casa a oscuras, con todas las persianas bajadas, y a él en la cama.

—Bueno..., tampoco es nada raro, ¿no?

—Naira —hizo una pausa—, eran las seis de la tarde.

Por un momento, llegué a pensar que no me merecía estar escuchando todas esas cosas, porque Hugo sabía que me afectarían hasta el punto de querer presentarme en su casa, abrazarle y decirle que no se preocupara, que todo se arreglaría. Negué con la cabeza para intentar difuminar mis pensamientos.

—Hugo, si no te importa, prefiero no saber nada más —dije con firmeza, incorporándome.

Me miró sorprendido ante mi cambio de actitud.

—Perdóname. —Se acarició la nuca—. No he pensado lo que decía. Me he puesto a hablar y... lo siento. Es que yo también estoy preocupado por él.

—¿Y te crees que diciéndome todo esto yo no voy a estarlo?

—Tienes razón. Vamos a dejarlo. Solo quería pedirte disculpas por lo de esta tarde.

—Pues ya lo has hecho. Voy al baño.

—Vale.

Y me marché de allí para poder soltar todo el aire que los pulmones habían retenido durante toda la conversación. ¡No era justo que me contara todo eso! ¿Ahora qué era lo que yo tenía que hacer? ¿Cómo debería actuar? ¿Me tenía que ir a casa a llorar y a lamentarme de todo lo ocurrido? ¿Debía hacer como si nada y seguir con la fiesta? ¿O mejor me refrescaba e intentaba celebrar con mis amigas el cumpleaños de una de ellas?

Pensé que la mejor opción era la última. Al fin y al cabo, no era de piedra. Yo le quería muchísimo —evidentemente, seguía enamoradísima de él—, y saber que estaba así, dolía, y mucho. Quizá demasiado.

Me quedé un rato en el baño, recomponiéndome, y después salí para asomarme a la terraza y tomar un poco el aire. Me hacía falta. En ese momento, oí a Cloe detrás de mí.

—¡Ya sube! ¡Ya sube! ¡Ya sube! —canturreó muy nerviosa.

—¡Cálmate! ¿Quién sube? —dije, sujetándole las manos, que movía frenéticamente.

—¡Marco!

—¿Marco?

—Síííí.

—Corre, vamos a la puerta —grité, contagiada por su excitación.

Fuimos como locas hacia la entrada en el mismo momento en que alguien empujaba la puerta despacio y asomaba la cabeza con timidez. Y ahí estábamos nosotras esperándole, como dos colegialas, con una sonrisa de oreja a oreja. Se sobresaltó un poco al encontrarnos allí, tan quietas.

—Eh... hola —dijo.

—Hola —respondimos las dos al unísono.

—Soy Marco. Alguna de vosotras es Naira, ¿verdad?

—Sí, soy yo —dije enseguida.

—¡Ah! Encantado de nuevo.

—Ella es Cloe.

Nos saludamos todos con dos besos y le dijimos que nos siguiera, que le llevaríamos hasta Noe. La verdad es que era guapísimo. Iba con unos *dockers* marrones y una camisa negra. Los ojos eran impresionantes, de color claro y con largas pestañas.

—Está en la terraza. Quédate detrás de mí —dijo Cloe.

Yo me adelanté un poco y me acerqué a Noe, que bailaba animada con una de sus primas, esas que no habíamos visto en nuestra vida. Le di un toquecito en la espalda.

—¡Nena! —dijo—. ¡Vamos a bailar!

—Espera, espera. Han venido a verte.

—¿Quién?

Y Cloe y yo nos retiramos para que Marco quedara frente a ella. Se le cambió la cara. Pasó de estar sonriendo a abrir la boca, sorprendida, y terminar por tapársela con la mano. Sus mejillas se sonrojaron en décimas de segundo, pero, como vestía de rojo, siempre podría decir que era el reflejo de su vestido.

—Felicidades —dijo él, mirándola embelesado—. Estás preciosa.

—Pero... ¿cómo?

—Tu madre me puso en contacto con Naira y me dijo dónde podía encontrarte.

Noe cambió la dirección de su mirada para fijarla en mí y le guiñé un ojo. En ese momento, con la incredulidad de Noe a la máxima potencia y la sonrisa fascinada de Marco, decidimos retirarnos y dejarlos solos. Era su momento.



NOE

Cuando Noe vio a Marco no se lo podía creer. Estuvo a punto de decirles a sus amigas que la pellizcaran por si era un sueño. No tenía nada claro que la fuera a llamar después de las horas que eran ya. El haber recibido ese pedazo de regalos por la mañana le hizo pensar, por un momento, que la llamaría justo después de cerrarle la puerta al mensajero. Pero, al no ser así, se sintió insegura.

Después de que Naira le guiñara un ojo y Marco confesara la complicidad de sus amigas, la futura pareja se separó del resto. Él tomo la iniciativa y le cogió la mano para conducirla hasta un pequeño rincón, que contaba con un sillón para dos personas y estaba tenuemente iluminado.

Se sentaron y ella lo miró con incredulidad.

—¿Por qué me miras así? —susurró él sin dejar de observarla.

—Pues porque aún no me creo que estés aquí.

—¿Y eso es algo bueno o malo?

—¿El que hayas venido?

—Sí.

—Supongo que bueno —respondió con timidez.

—¿Supones? —vaciló él, con una mirada traviesa.

—Bueno, sí, que sí me alegra que estés aquí.

Noe estaba supercohibida; nunca se había sentido así con un chico. Ella siempre había sido la fuerte, la descarada, la que llevaba la voz cantante en todas las fugaces relaciones que había tenido hasta el momento. Pero con Marco estaba siendo muy diferente. No sabía por qué, pero era totalmente distinto, empezando por la manera que tenía de mirarla, que la traspasaba. Era como si pudiera ver cosas en ella que ni Noe conocía.

—Intuyo que no dabas un duro por que me acordara de tu cumpleaños, ¿no? —sonrió.

—La verdad es que, si te tengo que ser sincera, no.

—¿Tan poca confianza te transmití?

—No es cuestión de confianza; solo que no te conocía de nada y era difícil saber si volverías.

—He tenido muchas ganas de llamarte antes, pero no podía incumplir nuestro trato. Y menos cuando me dijiste que, si lo hacía, desaparecerías.

—Muchas gracias por las flores y el helado.

—¿Te han gustado?

—Me han encantado.

—Me alegro.

—¿Qué te pareció el helado de *banoffee*? ¿Te gustó?

—Me costó encontrarlo, no te creas. Fui al súper donde nos vimos y estaba agotado, aunque parezca increíble. No conocía a nadie que comprara ese sabor hasta que te conocí a ti.

—Soy original.

—De eso no tengo la menor duda.

Noe sonrió y bajó la mirada hacia las manos, con las que jugueteaba nerviosa.

—Pero no me has respondido si te gustó —dijo ella.

—Era dulce. Pero creo que eso ya te lo he dicho antes, ¿no?

—Sí —dijo, con un hilo de voz.

—Si no recuerdo mal, y para ser exactos, dije que era dulce como tú.

A Noe le estaban entrando unos calores por todo el cuerpo que, como siguiera mirándola así, se tiraría en plancha encima de él. Y como no era plan de hacer eso, más que nada porque lo mismo se largaba pensando que era una loca con doble personalidad, decidió cambiar de tema.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó.

—Sí, claro.

Y ambos se dirigieron hacia una de las barras en el interior. Marco posó la mano en la espalda de Noe y ella sintió un escalofrío que le recorrió toda la espina dorsal.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Noe.

—Un *gin- tonic*, pero, tranquila, que me lo preparo yo. ¿Quieres otro?

—Sí, por favor.

—Genial, pues voy a ser tu camarero particular y te voy a poner el mejor *gin- tonic* que hayas bebido nunca.

—Eso no va a ser difícil.

—Joder, no me quites méritos tan pronto —bromeó.

—¡No, no! —se carcajeó ella—. Es que todos los que he tomado, salvo uno o dos, me los he preparado yo, así que imagínate.

Él sonrió mientras cogía la botella de ginebra y dos vasos de tubo.

—Y ¿sabes lo peor? —dijo ella.

—Sorpréndeme.

—Que aprendí viendo un tutorial en YouTube.

—¿En serio? —Ahora era él quien se reía a carcajadas.

—Pues sí. Qué cutre, ¿verdad?

—No diría cutre..., diría mejor... original. Como tú eres.

Ambos se sostuvieron la mirada con una sonrisa tan dulce que subía hasta el azúcar en sangre. Menuda conversación estaban teniendo solo con los ojos. Se estaban declarando mutuamente que se gustaban y que se morían por estar más cerca.

Noe estaba un poco asustada de sentirse así, porque le daba miedo encapricharse y que luego saliera mal por la diferencia de edad, entre otras cosas.



La fiesta seguía su curso. La verdad es que lo estábamos pasando fenomenal. Yo apenas había bebido; no me apetecía mucho, para ser sincera. Cloe y yo disfrutábamos bailando y celebrando que todo hubiera salido a las mil maravillas. Incluso que viniera Marco había sido fantástico, y eso que no lo habíamos planeado.

Observé que Noe y él hablaban y reían sin parar. Solo con ver cómo se miraban era más que evidente que entre ellos había surgido la magia. Marco parecía buena persona, además de tener un físico espectacular, y lo más importante de todo era que, de momento, hacía sonreír a mi amiga de una manera que jamás había visto en ella. Solo por eso ya me tenía ganada.

Hugo se acercó a nosotras para preguntarnos si todo iba bien, si estábamos contentas con el resultado.

—Todo está perfecto —respondió mi amiga.

Estuve a punto de ponerle un babero, porque estaba salivando mientras lo miraba. «Cloe, que se te nota mucho», pensé decirle. Pero, a ver, que si se había dado un tiempo con Raúl era por algo, así que, si Hugo le hacía sentir cositas en el estómago, que lo disfrutara y punto. Y, sobre todo, porque a él también se le caía la baba.

Justo cuando me iba a retirar, porque era más que evidente que allí sobraba, alguien me agarró por la cintura.

—Buenas noches —me susurró al oído.

Me di la vuelta enseguida.

—¡Hola, Rubén! —respondí, con una sonrisa y un abrazo.

—Hola, Naira. —Se echó hacia atrás y me cogió de las manos para mirarme de arriba abajo—. Joder, estás impresionante.

—Gracias —dije ruborizada.

Saludó a Cloe también con dos besos y observé que Hugo le miraba con gesto serio.

—Mira, Rubén, él es Hugo —los presenté.

Se estrecharon la mano con fuerza, acompañado de un «encantado» por ambas partes. La tensión que transmitía Hugo era más que evidente.

—¿Quieres beber algo? —le pregunté a Rubén.

—Sí, por favor.

Nos retiramos para dejarlos solos y que Rubén no se sintiera cohibido.

—Dime que ese no es el amigo de tu ex, el que me dijiste que te había llamado.

—Si quieres no te lo digo, pero sí, es él.

—Joder, es que me ha asesinado con la mirada.

—Lo sé, lo siento.

—No, si tú no tienes la culpa.

—Ya había hablado con él de eso.

—¿De qué?

—Esta mañana no le sentó bien que te invitara y le dije que el que había jodido todo había sido su amiguito, no yo.

—Puedo entender que le siente mal porque es su colega, pero tampoco comprendo su actitud conmigo. No le he hecho nada.

—Bueno, no te preocupes. Déjalo. Vamos a tomarnos algo.

Nos acercamos a la barra y cogimos un par de cervezas. Después se acercó a felicitar a Noe y le regaló una caja de bombones.

—No podía presentarme aquí y no regalarle nada —me susurró antes de dársela.

Le presenté a Marco y ambos comenzaron a hablar. Por lo visto, a los dos les gustaban las motos, y se enrollaron en una conversación sobre cilindradas y rutas que dejé de escuchar al ver que no entendía nada.

Noe y yo nos pusimos a bailar como locas. Me dio un abrazo con fuerza para agradecerme todo lo que habíamos preparado y me contó lo contenta que estaba también por la sorpresa de Marco.

—Casi me da algo cuando le vi —me dijo.

—¿Y a mí cuando me llamó tu madre para decirme que estaba en tu casa!

—Mi madre ha tenido que flipar.

—¿Por qué?

—¿Porque es muy mayor para mí?

—¿Mayor? ¡Venga ya! No digas tonterías.

—Naira, tiene veintiséis años.

—Son solo ocho años.

—¿Solo?

—Noe, no te quiero oír decir gilipollices, ¿eh? Disfruta del momento y punto. Que no me entere yo de que te rayas con esas chorradas, que te doy un par de collejas.

—Vale, vale..., pero no te prometo nada.

Los chicos se acercaron a nosotras e hicimos un círculo en el que bailamos un rato. Cloe y Hugo se unieron después. Él parecía un poco más relajado con respecto a mi invitado, cosa que agradecí.

Vi que Cloe se tocaba y masajeaba la frente un par de veces, con un gesto un poco raro. Me acerqué a ella y le pregunté al oído si se encontraba bien.

—Sí, sí. Será el calor.

—Estás un poco pálida. ¿Te traigo algo de beber?

—No, cariño, no te preocupes.

No me quedé muy convencida, y por eso estuve muy pendiente de ella desde la distancia para no agobiarla. No tenía buena cara, se la notaba cansada, tenía mal color... No sé; algo no iba bien.

Me acerqué a Hugo y le trasladé mi preocupación. Me respondió que tampoco la veía con buen aspecto, que le había preguntado si se encontraba bien, pero ella insistía en que todo estaba perfecto. Aun así, los dos quedamos en estar al loro.

Cada día la veía más delgada, pero tampoco quería atosigarla; siempre que sacábamos el tema se ponía muy nerviosa. Cuando estábamos juntas no comía mucho y todo tenía que ser *light* o tener muy pocas calorías.

Algo le ocurría, y no iba a esperar más. Al día siguiente, cuando nos levantáramos, le plantearía el tema, aunque se enfadara. Esa conversación no podía esperar.



Sobre las once y media llegó el momento de sacar la tarta. La noche estaba yendo sobre ruedas, salvo por mi preocupación por Cloe. A Noe no le habíamos dicho nada para no inquietarla, pero su aspecto no había mejorado mucho.

Fui la encargada de salir con el pastel. Una vez apagadas las luces, y con el cumpleaños feliz de fondo cantado por todos los invitados, aparecí con un pedazo de tarta en un carrito (Hugo estaba en todo) para evitar así que acabara en el suelo.

Era fácil adivinar la temática de la tarta, ¿no? Pues sí, era redonda, de nata y con tres unicornias multicolores en la parte de arriba. Había dos velas encendidas con los números uno y ocho; solo faltaba que Noe las apagara.

Antes de soplar, nos miró a la dos con una sonrisa resplandeciente; luego cerró los ojos y sopló. Todos aplaudimos con efusión y entonamos la canción *Feliz, feliz en tu día*.

Hugo se acercó con varias botellas de champán y copas de plástico para que todos brindáramos por la cumpleañera al ritmo de «arriba, abajo, al centro y p'adentro».

Y se hizo el silencio por unos segundos mientras todos dábamos un trago a la bebida. El único silencio de toda la fiesta.

Después, la música llegó a lo más alto y nos desenfrenamos hasta las dos, que era la hora de cerrar nuestro garito improvisado. Había que quitar el equipo de sonido, despedir a la gente, cerrar con llave y dársela a Hugo para que la entregara.

—¿Y el tema de la limpieza? —preguntó Noe, preocupada.

—Tranquila, está todo organizado —respondió Hugo.

—Si no, mañana cuando me levante me vengo a dejar esto decente —insistía Noe.

—No te apures —dijo Hugo—, está todo controlado. No tienes que venir a recoger nada.

—¡Joder, si es que eres un amor! —le respondió ella, dándole un abrazo—. ¡Ay, la chica que se case contigo...! —dijo, mirando directamente a Cloe.

Ella se puso colorada como un tomate y agachó la cabeza. Por lo menos, le sirvió para coger un poquito más de color en la cara.

A las dos, una vez nos despedimos de los últimos invitados, nos quedamos los seis —Noe, Cloe, Hugo, Marco, Rubén y yo— y nos tomamos la última copa, sentados tranquilamente en la terraza.

—Muchas gracias por todo, chicas, y a ti también, Hugo —dijo Noe, una vez acomodados.

—No tienes por qué dárnoslas. Ha sido divertido prepararlo —apuntó Cloe.

—Ha sido un placer —añadió Hugo, que estaba sentado junto a Cloe.

—Solo por ver la cara que has puesto cuando te hemos quitado la venda, yo volvería a repetirlo una y mil veces —dije.

—Y a vosotros, gracias por venir —continuó, dirigiendo la mirada a Rubén y a Marco.

—No podía faltar. Te lo prometí —respondió Marco, acariciándole la mano.

—Gracias por invitarme —apuntó Rubén.

Nos quedamos allí como hasta las tres menos cuarto, hablando y riendo, y ya cuando empezábamos a levantarnos para despedirnos y marcharnos, a Noe se le ocurrió una idea (miedo me dio cuando lo dijo).

—¿Por qué no nos vamos todos a mi casa a tomar la penúltima? —propuso emocionada—. Estaremos solos.

Al principio, abrí los ojos como platos y por un momento me imaginé a todos en una celebración tipo orgía y me dio hasta un mareo. «Pero, Naira, ¿en qué piensas? —me dije a mí misma—; nos tomamos algo juntos y adiós.» Además, habíamos comprado pizzas y cosas para picar.

—Suena bien —dije—. Podríamos hacer una recena, como en las bodas.

—Pero aquí faltan los novios —bromeó Marco.

—Ya se nos ocurrirá algo —vaciló Noe—. ¿Qué?, ¿os hace?

Terminamos todos accediendo. Hugo se llevaría a Cloe en el coche, Marco a Noe y Rubén y yo iríamos en su moto. Tres parejas que, *a priori*, no tenían ninguna relación sentimental, pero en las que era evidente que existía atracción.

No tardamos mucho en llegar. De hecho, los primeros en hacerlo fuimos Rubén y yo. Aparcó la moto entre dos coches, justo delante del portal. Me bajé y me quité el casco, a la vez que sacudía la cabeza para que el pelo se desapelmazara. Él hizo lo mismo un segundo después.

Se apoyó en la moto y desde allí me miró, sonriendo.

—¿Qué pasa? —pregunté—, ¿tengo monos en la cara?

—Nada. —Hizo una pausa—. Que me alegro un montón de haberte visto de nuevo.

—Yo también.

—Acércate —susurró.

Me puse frente a él y me sujetó las manos con dulzura mientras me acercaba a tan solo unos milímetros de su cuerpo.

—¿Te he dicho que estás preciosa?

—Sí, antes.

—Bueno, pues te lo repito.

Estábamos tan cerca que podíamos oler el mismo aire. Nos mirábamos con una ligera sonrisa que, por momentos, pasó a convertirse en traviesa. Bastaron un par de minutos para que, con ese gesto y esa atracción, se acercara con lentitud a mis labios mientras observaba mi reacción. Sonreí. Y me besó.

Me abrazó por la cintura y me atrajo hacia él hasta que nuestros cuerpos se juntaron. Enredé los dedos en su pelo y lo masajeeé con lentitud mientras saboreaba el momento.

—Quería hacer esto desde que te he visto —susurró, apoyando su frente en la mía.

—Pues lo has disimulado muy bien —bromeé.

—No era plan de llegar y tirarte en el sofá, ¿no? No habría sido educado.

Solté una carcajada y, cuando volví a mirarle, su gesto era serio. Tanto era así que me cogió por la nuca y me besó con fiereza, como si el mundo se fuera a terminar. Y a mí me gustó que lo hiciera de esa manera. Sentí un cosquilleo por todas las partes del cuerpo, hasta las más íntimas. Me entregué en cuerpo y alma a ese beso.

De fondo, oímos que un coche se acercaba y me separé, muy a mi pesar.

—Perdona —dije, cogiendo aire.

—Tranquila.

—No quiero que Hugo nos vea. No quiero complicar las cosas.

—Naira —dijo, sujetándome la barbilla—, lo entiendo. Está todo bien, ¿vale?

—Vale.

—Soy consciente de que todavía tienes al capullo ese metido en la cabeza, así que no tienes que darme ninguna explicación. Sé a lo que me atengo.

Le miré algo sorprendida, pero muy aliviada de que hubiera puesto palabras a mis pensamientos.

Nos acercamos al portal y esperamos. Efectivamente, el coche que habíamos oído era el de Hugo y Cloe, y unos metros detrás, llegó Noe con Marco. Cuando estuvimos todos, subimos al piso.



Una vez arriba, he de reconocer que estaba algo avergonzada. No me esperaba que Rubén se fuera a lanzar tan pronto.

Una vez todos en el salón, me sentía extraña; tenía la impresión como de estar dando a entender que íbamos a terminar los seis en la cama, y no precisamente a la vez ni durmiendo.

No sé si será por lo que nos meten en la cabeza o qué, pero si una chica invita a subir a su casa a un chico se da por sentado que es para hacer algo más que hablar. Y cuando Noe propuso que fuéramos los seis a su casa, y teniendo en cuenta que aquí estaba más claro que el agua que éramos tres parejas aún encubiertas, me dio cierto miedo.

Yo no había subido para acostarme con nadie, ni mucho menos, y la verdad es que pensaba que Rubén ese punto lo tenía claro. Y no solo él, sino Hugo y Marco también.

Rubén y yo nos sentamos en un sillón, Cloe y Hugo en otro y Marco y Noe en el suelo, sobre unos cojines.

Preparamos un pequeño aperitivo con unas cervezas y *snacks* (patatas, cortezas, aceitunas...).

—Me encanta el final que está teniendo mi cumpleaños. Jamás me hubiera imaginado que acabaría así. Gracias por todo, chicos y chicas.

Marco alzó su cerveza.

—Un brindis por Noe, ya mayor de edad y preparada para votar.

Todos nos reímos y brindamos.

Marco se colocó con la espalda en la pared y Noe aprovechó para sentarse entre sus piernas y apoyar la espalda en su pecho. Él sonrió y le dio un beso en la mejilla. Ninguno miramos directamente, pero todos sabíamos lo que había ocurrido.

Cloe se recostó en el sillón y colocó la piernas sobre las de Hugo, quien instintivamente empezó a hacerle suaves cosquillas. Qué complicidad se notaba entre ellos.

Yo coloqué la cabeza sobre el hombro de Rubén, que enseguida me rodeó con el brazo.

Tres parejas de amigos que no se habían declarado a viva voz, pero que lo hacían con sus gestos.

Llevábamos como una hora allí, hablando animadamente, cuando Cloe se levantó para ir al baño. Tenía un poco mejor cara, pero tampoco era para tirar cohetes.

Marco y Hugo se levantaron a traer otra ronda de cervezas de la cocina y Rubén, al verlos, se apuntó también. Noe y yo nos quedamos solas en el salón y me arrastré corriendo hacia el sillón, mientras sonreía de oreja a oreja.

—Bueno, ¿qué te parece Marco?

—Que está buenísimo —me reí.

—Ya, ya, eso es evidente. Digo como persona.

—A ver, apenas lo conozco, pero, por lo que he podido ver de él, parece buena gente, ¿no?

—Síííí —aplaudió.

—¿Qué tal en el coche de camino a casa?

—¡Jo, genial! Superatento, cariñoso sin ser empalagoso...

—Uyyy, tú estás superpillada, ¿eh?

—¿Yo? ¡No! A ver, es evidente que me gusta, pero tampoco estoy comiendo de su mano.

—Ya, ya. Seguro.

—¿Y tú qué tal con Rubén?

—Me ha besado.

—¡Te ha besado!

—Shhh, no grites —susurré.

—Perdona, es que me emociono. Pero ¿cuándo?

—Justo antes de que vinierais; hemos llegado un poquito antes.

—No pierde el tiempo el chico... ¿Y qué tal? ¿Tú estás bien?

—Ay, sí. Es un chico encantador; me gusta...

—Pero no es Gael. Es eso, ¿verdad?

—Son diferentes. Además, yo sigo enamorada de Gael. Estoy muy a gusto con Rubén y no me importaría tener algo así con él, de vez en cuando, pero quiero ir despacio.

—Lo sé, nena. Tú no te presiones. Disfruta del momento y ya está.

Paramos de hablar cuando los chicos entraron en el salón. Los tres sonreían, con una cerveza en cada mano. Me alegraba ver que Hugo se mostraba más relajado con Rubén.

—¿No ha salido aún del baño Cloe? —pregunté a Noe.

Ella negó con la cabeza, extrañada.

Me levanté para ver si estaba todo bien y llamé a la puerta con los nudillos.

—¿Cloe?

Esperé, pero nadie me respondió. Insistí.

—¿Cloe? ¿Estás bien?

Al no recibir respuesta, me puse nerviosa.

—Cloe, voy a abrir la puerta.

Y al volver a recibir como respuesta el silencio, no lo dudé y abrí. La sangre dejó de circular por mi cuerpo. Cloe estaba en el suelo, desmayada, y sangraba a la altura de la sien.

—¡Cloe! —grité con todas mis fuerzas mientras me tiraba al suelo a socorrerla—. ¡Cloe! ¡Respóndeme!

Mis gritos alertaron al resto, que corrieron al baño a ver qué ocurría.



Llamamos a una ambulancia, que llegó enseguida. La despertaron y decidieron que había que llevársela al hospital para valorarla.

Nos dirigimos hacia allí los cinco en el coche de Hugo; preferimos hacerlo así e ir todos juntos, y no llevar varios coches.

Llegamos en apenas diez minutos. Casi no encontramos tráfico y eso facilitó que tardáramos poco tiempo. Rubén me fue dando la mano todo el camino para transmitirme calma.

Una vez allí, nos dijeron que teníamos que quedarnos en una sala de espera hasta que nos dieran más noticias. El médico que la valoró en casa de Noe nos informó que no era nada grave, pero que había que curar la brecha de la cabeza y hacerle más pruebas.

Llamaron a su madre, porque era menor de edad, y no tardó nada en llegar. Lo hizo como una exhalación y, nada más vernos a Noe y a mí, se acercó a nosotras con lágrimas en el rostro.

—Pero, hijas, ¿qué ha pasado?

—Tranquila, Lina; Cloe está bien. Ha sufrido un desmayo —respondió Noe.

—¡Si es que le digo que no está comiendo nada y no me escucha! ¡Es que no me hace caso! ¡Sabía que al final caería enferma! —gritó con rabia.

La abracé con fuerza y sus sollozos se hicieron más fuertes. Por lo visto, no era la única que se había empezado a dar cuenta de que algo no iba bien.

Llevábamos allí como media hora y nadie salía a decirnos nada. Un silencio sepulcral sobrevolaba toda la sala de espera. Lina estaba sentada a mi derecha y Rubén, que me cogía la mano con suavidad y me transmitía una serenidad difícil de conseguir, a mi izquierda. Noe estaba al otro lado de Lina, acompañada de Marco y Hugo.

En uno de esos largos minutos de espera, vi como Hugo se levantaba y se dirigía a la calle, con gesto cabizbajo.

—Ahora vengo —susurré a Rubén.

—Vale. Te espero.

—Avísame con lo que sea, por favor.

—Claro. Ve tranquila.

Seguí a Hugo hasta la calle. Estaba de pie, mirando hacia la nada.

—¿Estás bien? —le pregunté, tocándole el hombro.

—No. Debí haber hecho algo cuando la vimos así en la fiesta.

—Hugo, no sabíamos que iba a pasar esto. Y ella decía que estaba bien.

—Pero no lo estaba.

—Ya lo sé. Y yo también me siento mal por no haber actuado antes.

—Ha sido por no comer, ¿verdad? —me preguntó, volviéndose para mirarme de frente.

—Pongo la mano en el fuego a que sí.

—Joder. —Se tocó la frente—. ¿Por qué coño hace esas cosas? ¡Si es preciosa!

Al oírle decir eso, me dio un vuelco el corazón. Ahora sí que estaba segura de que el sentimiento era mutuo.

—Lo sé. Pero tendremos que convencerla a ella —musité.

—Se lo he dicho a Gael.

—¿El qué?

—Que estamos aquí.

—¿Cómo? —Mi pulso se aceleró—. ¿Por qué?

—Me escribió para ver qué tal el cumpleaños justo cuando nos estábamos sentando en la sala de espera y le dije lo que había ocurrido. Por lo visto, duerme mal últimamente.

Me quedé sin palabras; no sabía muy bien qué decir. ¿Que me jodía? ¿Que me alegraba? Tenía sentimientos encontrados y no sabía muy bien cómo reaccionar.

En ese instante, vimos que un coche aparcaba muy cerca de donde nosotros estábamos. Era su coche.

—Ahí lo tienes —dijo Hugo, sorprendido—. Perdóname, Naira; te prometo que no sabía que se presentaría aquí.

Yo estaba aturdida, como si me hubieran clavado los pies con cemento en el suelo, y no podía dejar de mirar el coche. Pensaba que el corazón se me iba a salir por la boca. ¿No era ya suficiente con lo de Cloe que encima tenía que venir Gael? No sabía si mi cuerpo soportaría tanta tensión.

Le vi salir del automóvil; joder, qué guapo estaba. Un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo. Cuando me vio se le transformó el gesto. Incluso casi pude oír cómo se le entrecortó la respiración, al igual que me estaba pasando a mí.

Nos miramos fijamente, incapaces de apartar la mirada. Presa de los nervios, me di la vuelta para entrar de nuevo en el hospital.

—¡Naira! —oí que me llamaba.

Me volví.

—Espera, por favor.

Me quedé quieta de nuevo, obnubilada totalmente por su presencia. Se acercó con paso decidido y se detuvo frente a mí.

—Os espero dentro —dijo Hugo, después de saludarlo chocando la mano.

—Voy contigo —respondí.

—No, Naira, por favor. Dame un minuto.

Hugo desapareció de la escena como un fantasma; casi ni me di cuenta. Estaba tan nerviosa y cabreada a la vez que prefería huir antes que flaquear. Crucé los brazos, suspiré sonoramente y esperé a que hablara.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien —respondí, sin mirarle siquiera.

—¿Cómo se encuentra Cloe?

—Bien.

—Vale, lo pillo. —Miró hacia el suelo—. He venido para saber cómo estaba Cloe, pero sobre todo para ver cómo te encontrabas tú.

—Pues ya te he dicho que bien, así que me voy dentro.

—Naira, por favor. Dame un minuto. Solo uno.

—¿Para qué, Gael? ¿Para ensuciar aún más todo lo que ha pasado entre nosotros? ¿Para volver a joderme y que de nuevo vuelva a llorar con solo nombrarte? ¡Para qué! No es momento ni lugar para esto, así que deja de pedirme minutos y dámelos tú a mí marchándote de aquí.

Se quedó perplejo. Suponía que no se esperaba esa respuesta, ni yo tampoco pensé que pudiera encararme con él y decirle lo que realmente quería, pero me sentía orgullosa de haberlo hecho. Eso quería decir que la herida empezaba a cicatrizar poco a poco.

En ese momento, oí que alguien salía de urgencias y me llamaba por mi nombre. Me di la vuelta y vi a Rubén, que miraba fijamente a Gael.

—¿Todo bien, Naira? —preguntó, acercándose a mí.

—Sí, tranquilo —respondí.

—Hola, soy Gael —se presentó este, tendiéndole la mano y echando fuego por los ojos.

Rubén nos miraba alternativamente, con gesto de desconfianza.

—Rubén, encantado —respondió, apretando con fuerza la mano de Gael—. ¿Vamos dentro, Naira? No tardarán en salir los médicos —me dijo, mientras me tomaba del antebrazo.

No me hizo falta mirar a Gael para darme cuenta de que se había puesto tenso ante el contacto físico de Rubén. Era más que evidente que entre nosotros había más confianza de la que Gael hubiera querido.

—¿Y tú eres...? —lanzó de pronto Gael—. Naira nunca me había hablado de ti.

No me jodas. Lo que menos necesitaba en ese momento eran peleas de gallitos, y era indudable que Gael estaba celosísimo y se moría por saber qué me unía a Rubén.

—¿Perdona? —respondió Rubén, dando un paso hacia él.

—Que quién eres. ¿Eres familia de Cloe?

—Pues no, soy amigo de Naira, pero vamos, creo que no te tengo que dar ninguna explicación de quién soy, y menos a ti, que no te conozco de nada. ¿Te he preguntado yo quién eres? No, ¿verdad? No me interesa en absoluto, aunque la pena que me da es que creo saberlo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y quién soy, si se puede saber?

—No me hagas ponerte un adjetivo. No te agradecería.

—¿Qué sabrás tú de mí!

—Más de lo que piensas.

—Chicos, ya —intenté pararlos.

—Pues venga, dime de qué me conoces.

—Solo te voy a decir una cosa: sé que le has hecho muchísimo daño. —A Gael se le cambió el gesto—. ¿A que sé más de lo que crees? Ya sabes por dónde voy, ¿verdad?

Gael me miró fijamente. No sé si le molestó o no que yo le hubiera contado a Rubén lo que nos pasó, pero es que me daba igual; me la sudaba que pudiera pensar que me había ido de la lengua. Y además, por otro lado, agradecí que Rubén se lo hiciera ver. Pero ese no era el lugar ni la situación más adecuados para tener esa conversación, así que decidí ponerle fin.

—Buenos, chicos —interrumpí—, me voy dentro.

Y entré, sin importarme si se iban o se quedaban. Ahora lo primordial era Cloe y tenía que estar por y para ella.



Al final, esa noche dejaron a Cloe en el hospital. Había sufrido un desmayo por falta de nutrientes, vamos, lo que viene siendo por no comer. Estaba muy deshidratada y tenía una brecha en la sien como consecuencia de la caída. Aun así, la doctora le explicó a Lina que su hija tendría que quedarse unos días en el hospital hasta que estuviera recuperada del todo y para que también la valoraran desde psiquiatría.

Lina se sentía tan culpable de que su hija estuviera así...

—Es que siempre la he dejado a cargo de su hermano porque yo tenía que trabajar —sollozaba en la sala de espera.

—Tú no tienes la culpa —le repetía Noe.

—Si hubiera estado más tiempo en casa...

—Lina, aunque hubieras estado más o menos tiempo en casa, a Cloe le habría pasado lo mismo. Ella no se veía bien físicamente y ya está. Nosotras también tenemos esa sensación de que probablemente pudimos hacer más y no lo hicimos.

—Vosotras se lo notabais, ¿verdad? Estaba cada vez más irritada y con unos cambios de humor que pensé que sería por algún chico, ilusa de mí —musitó mientras se miraba las manos.

—No te culpes, de verdad. Lo importante es que está bien, y a partir de ahora todos vamos a estar con ella para ayudarla —apuntó Noe.

—Muchas gracias, chicas, de verdad. Por estar aquí y por cuidarla.

Me planteé si realmente la habíamos cuidado cuando había llegado a este punto. Noe y yo nos habíamos dado cuenta de que adelgazaba con rapidez y que comía cada vez menos, pero confiábamos en su inteligencia para no llegar a este extremo. Sin embargo, la cabeza puede tener un poder tan tremendo que, a veces, hasta que no te convence de algo, por inadecuado e irreal que sea, no para de martillearte con ideas tóxicas. Y una de ellas fue la de que Cloe creyera que estaba gorda o que no tenía un cuerpo lo suficientemente bonito como para gustar a los demás. Porque estoy segura de que ella quería que los demás la vieran bien; no lo hacía por ella misma..., o sí. No lo sé. Era tan difícil entender estos actos que solo lo sabrán los que han vivido algo así.

Por eso, cuando Lina nos dio las gracias por cuidarla, noté una punzada en el estómago, ya que me sentía algo culpable de su situación.

El médico también nos dijo que tendría que seguir un tratamiento psicológico cuando le dieran el alta, que estas enfermedades son largas de curar y que, realmente, la

gente que sufre estos trastornos alimenticios son enfermos de por vida, aunque pueden llevar una vida normal si saben e interiorizan lo que supondría dejar de comer, cuya consecuencia final más grave sería la muerte.

También nos explicó que la recuperación requería una fuerza de voluntad brutal por parte del enfermo y, sobre todo, mucho apoyo de su gente.

La parte positiva era que la habían cogido a tiempo; llevaba relativamente poco con ese trastorno y tenía un tanto por ciento muy alto de posibilidades de rehabilitarse.

Nos dijeron que podíamos pasar a verla dos personas. Su madre nos indicó que entráramos nosotras al box, ya que ella se quedaría por la noche. No lo dudamos ni un segundo y allí fuimos, detrás de una enfermera, que nos acompañó hasta donde estaba Cloe.

Estaba despierta, con un apósito en la sien. Cuando nos vio llegar sonrió.

—Aquí la tenéis. Diez minutos y tendréis que salir, ¿de acuerdo? —dijo la enfermera.

—Entendido —respondí.

Nada más irse, nos colocamos una a cada lado de la cama y la abrazamos con el mayor cuidado posible, pero sin dejar de darle besos.

—La madre que te parió; el susto que nos has dado, jodía —dijo Noe.

—Lo siento, chicas.

—No nos pidas perdón. La próxima vez, si quieres pedirnos algo, que sea ayuda. ¿Te parece mejor? —dije.

—Sí. Es una opción mejor, teniendo en cuenta la que he liado.

—Bueno, no pienses ahora en eso —dijo Noe—; ya hablaremos cuando salgas. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele un poco la cabeza, supongo que del golpe. Y estoy un poco entumecida y cansada.

—Normal. ¿Lo de la frente ha sido mucho? —pregunté.

—Tres puntos.

—Uno por cada una. —Sonreí.

—Eso. Bueno, y ¿cómo habéis venido? ¿En taxi?

—¿Pero tú no sabes la que tenemos liada fuera? —sonrió Noe, acariciándole la mejilla.

—Tu madre está aquí —dije.

—¿Mi madre? —respondió nerviosa.

—Sí, la llamaron porque eres menor de edad. Se va a quedar a dormir esta noche y nos ha cedido su puesto para entrar a verte, ya que ella vendrá en cuanto salgamos nosotras. Pero tranquila, que está bien. Al principio, alterada por la falta de noticias, pero ahora que ya ha hablado con el médico, está mejor.

No podía decirle que estaba al borde del ataque de nervios.

—Y también está Hugo —tarareó Noe, con una sonrisa traviesa.

—¿Hugo? ¿Ha venido? —se sonrojó.

—Nos ha traído a todos en su coche. El pobre tiene la cara desencajada. Le tienes muy preocupado, pequeña. Va a ser que te quiere mucho —sonreí.

—No pensé que vendría —musitó.

—No solo está aquí, sino que cuando te vio en el suelo intentó reanimarte como si su vida dependiera de ello —le contó Noe.

—Y... —carraspeó— ¿le habéis dejado solo con mi madre?

A Noe y a mí nos entró la risa.

—¡Qué va! Está con Marco y Rubén —contesté.

Abrió los ojos como platos.

—¿También están aquí?

—Y no te olvides de Gael, nena.

—¡Gael! Ahora sí que me voy a volver a desmayar.

—Bueno, creo que ya se ha marchado. La verdad es que me importa una mierda. El caso es que tenemos media sala de espera ocupada por ti, preciosa.

Medio sonrió, pero en sus ojos se reflejaba la pena. No era momento para preguntarle qué coño se le pasaba por la cabeza para hacer esas cosas, pero algún día hablaríamos, y esperaba que nos lo contara para ayudarla en todo lo que pudiéramos.

Nos despedimos de ella con otro abrazo y una sonrisa y le prometimos que saldríamos de esta, juntas, como siempre lo habíamos hecho.



Aproximadamente, un mes y medio después...

Cuando me sonó el despertador, no tardé nada en apagarlo porque llevaba un rato despierta. Era nuestro primer día de universidad y estaba de los nervios.

Habían pasado muchas cosas desde que Cloe salió del hospital. La primera, y para mí la más importante, era que mi amiga estaba mejor. Su recuperación era lenta, pero lo importante es que tenía una actitud positiva y estaba con ganas de verse bien, aunque cuando cogía algún gramo solía pasarse tardes enteras llorando porque no quería verse como antes. Para ella, era un suplicio comer ciertas cosas, pero entre todos, y sobre todo con su esfuerzo, se iban viendo resultados.

A Gael no lo había vuelto a ver desde el día en que se presentó en urgencias. Me llamó alguna que otra vez, pero no le cogí el teléfono. Necesitaba tiempo para poner tierra por medio y ver las cosas de otro modo; no quería sentirme presionada y tomar una decisión que probablemente fuera la equivocada. Aunque no nos habíamos visto, estaba al tanto de cómo se encontraba por Hugo; yo le preguntaba y él no dudaba en contarme.

Sabía que finalmente se había matriculado en Fisioterapia y que seguía viviendo solo en el ático de sus padres. De vez en cuando, echaba una mano en la tienda en la que trabajamos juntos y que tan buenos recuerdos me traía. Así, se sacaba un sueldo para poder vivir, aunque por lo visto salía poco, o nada, mejor dicho. Hugo iba mucho por su casa e incluso más de una noche se quedó a dormir con él; no creía que le viniera bien tanta soledad.

No quise preguntar por su ex; no tuve el valor de saber si se seguían viendo o no, y agradecí a Hugo que no hablara nunca del tema.

Durante ese tiempo sin verle, lo había echado muchísimo de menos. Me había dado tiempo a pensar en lo que ocurrió y en las explicaciones que él me había dado, las cuales corroboró Hugo cuando se lo conté.

Me alegraba mucho por él que hubiera empezado a estudiar lo que quería desde siempre, y no haber cedido al deseo de sus padres, que al final acabarían mermándole. A veces, pensé en mandarle un mensaje para felicitarle por el gran paso dado, pero luego me regañaba a mí misma y me decía que, si yo le pedía tiempo y espacio, no podía saltármelo así como así.

Un día después del desmayo de Cloe, llamé a Rubén para vernos. Cuando vi a Gael en el hospital me di cuenta de que no estaba preparada para tener nada con nadie en ese momento; no era justo que Rubén acabara pagando mis miedos e inseguridades y que, además, fuera parte de mi venganza hacia Gael.

Pero era un chico tan bueno que me dijo que todo eso él ya lo sabía, aunque le podían más las ganas de estar conmigo que el daño que le pudiera causar. Qué mal me sentí cuando me dijo eso; me vi como una bruja con escoba que había jugado con su corazón, y no se lo merecía en absoluto.

Quedamos como amigos y que nos seguiríamos viendo, pero le dije que de momento necesitaba estar sola; bromeamos con que no quería más hombres en mi vida más que a mi padre y que lo mismo acababa en un convento casada con Dios.

Se despidió de mí diciendo que estaría esperándome si algún día decidía volver, como amiga o como algo más. No se podía tener mejor corazón.

Cloe y Hugo se seguían viendo, más aún si cabe desde que ella estuvo en el hospital. Pero no había pasado nada entre ellos. Mi amiga tenía que estar más fuerte anímicamente antes de empezar una relación y Hugo estaba dispuesto a esperarla.

Raúl fue a verla varias veces. Aunque se habían dado un tiempo, él seguía muy pendiente de ella, actitud que despertó en Hugo un poquito de celos, que Cloe se tomó con sorna.

Noe y Marco sí que se habían enrollado ya. A la semana siguiente del ingreso de Cloe volvieron a verse, y ya no hubo lugar a ninguna confusión. Desde que se vieron por primera vez, ya saltó la chispa, según nos contó Noe, y fuimos testigos de la evidencia en la celebración de su cumpleaños.

Por fin comenzábamos la universidad y la verdad es que estaba nerviosa. ¡Qué tontería! Iba a empezar una nueva etapa de mi vida con mis dos mejores amigas, y encima estudiando lo que siempre había querido. ¿Qué más podía pedir?

Quedamos en el portal de Cloe; tuvimos que madrugar bastante porque las clases empezaban a las ocho de la mañana. Y después del veranito que habíamos llevado, donde madrugar no era precisamente lo que más habíamos hecho, fue difícil abrir los ojos y tener la fuerza suficiente para empezar el día.

Mis padres estaban casi más nerviosos que yo y, cuando me levanté, me esperaban sonrientes y orgullosos en la cocina, con el desayuno preparado.

Su hija universitaria empezaba su carrera.



La primera semana en la universidad fue, cuando menos, rara. Suponía que necesitaría un tiempo para adaptarme a todo este nuevo follón, pero, para empezar, la universidad, como edificio, era enorme, y ya solamente el tener que cambiar de aula en cada asignatura nos costó; parecía que nunca habíamos salido de nuestra casa, no me jodas.

Pero fue divertido. Noe no hacía más que soltar ocurrencias de las suyas y Cloe nos decía que teníamos que aparentar ser chicas normales o nos colgarían el cartel de *las raras* y, según ella, eso no nos convenía nada.

Por otro lado, habíamos pasado de las típicas asignaturas de matemáticas o física a dar psicología o sociología. Salía de mi zona de confort de sota, caballo y rey para estudiar nuevas materias de las que dependería mi futuro a partir de ese momento.

Luego, por otra parte, estaba el que todo era gente nueva, compañeros desconocidos de todas las razas y vestimentas. Y si a todo eso le sumábamos que yo tampoco era la alegría de la huerta ni la persona más sociable del mundo, volvía a entrar en un terreno pantanoso.

—¡Chicas! ¡Mirad este papel! —gritó Noe desde el fondo de uno de los pasillos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Mirad, leed!

Cloe y yo nos paramos a examinar el pequeño texto que aparecía en el cartel, al que acompañaba un dibujo de dos jarras de cerveza brindando (imagen sosa donde las haya).

—¿Una fiesta? ¿Ya? —preguntó Cloe.

—Ya ves. Esto es la hostia —sonrió Noe divertida—. ¡Nos vamos de fiesta mañana!

—Pero y ¿quién la convoca? —pregunté.

—¿Realmente te interesa? No me jodas, nena.

—Joder, yo qué sé. Es que he leído que están invitadas varias universidades y...

—Y te acojona que Gael este allí, ¿no? —preguntó Cloe.

—Acojonar, no..., pero no me haría gracia encontrármelo.

—Jo que no. Te encantaría verlo de nuevo, nena.

—Ya hemos hablado de esto, Noe, y sabes lo que pienso.

—Por eso —continuó ella—, porque sé que ahora que ha pasado algo de tiempo ves las cosas de otro modo, ¿a que sí?

No respondí. Noe tenía toda la razón del mundo. Ahora, con los nervios más templados, y mi cabeza también, empezaba a echarlo de menos. Pero no de la manera que lo hacía nada más saber que tenía novia, porque esa sensación formaba parte de la ansiedad de no perderlo. Ahora era diferente; lo echaba de menos de una forma más sentida, más amable, más romántica quizá. Lo pensaba de otra manera, sin tanta furia, aunque con demasiado rencor. Tenía sentimientos encontrados, difíciles de entender, o al menos para mí lo eran.

Era un quiero y no puedo. Un quiero verle, pero mejor que no se cruce en mi camino; un deseo hablar con él, pero prefiero que no me llame. ¿Me explico?

Efectivamente, mis amigas estaban en lo cierto. Sentía un miedo atroz a encontrarme con él en la fiesta de la universidad tras un tiempo sin vernos, porque ahora me sentía más vulnerable y cualquier palabra, gesto o susurro suyo me haría temblar hasta el corazón. Y eso no sabría cómo gestionarlo.

Tras una lucha entre la razón y mis sentimientos, al final decidí que tampoco sería tan mala idea ir a la fiesta con mis amigas. Ellas acudirían sí o sí; me entendían, pero también yo debía ponerme en su lugar y pensar que no iban a hacer lo que yo quisiera. Así que, ya en casa, les mandé un mensaje al grupo de las incomprendidas unicornias.

¿A qué hora quedamos, chicas?

Enseguida, Noe me contestó.

¿Vienes, nena?

Síiii.

Esa es mi chica —escribió Cloe.

La fiesta la iban a celebrar en una discoteca del centro que se llamaba Cats. En metro llegaríamos perfectamente y no tardaríamos mucho, así que decidimos vernos a las diez en el portal de Noe.

Para esa ocasión, elegí un vestido de la marca Tegus, mi último descubrimiento en ropa, y que me tenía enamorada. Era ajustado, corto y de cuadros rellenos de colores muy vivos.

Cuando ya habíamos salido del metro y caminábamos hacia la discoteca, Cloe recibió una llamada. En cuanto miró la pantalla y vio quién era, sonrió de oreja a oreja.

—Hugo —dijimos Noe y yo a la vez.

Cloe arrugó la nariz, como haciéndonos burla, y descolgó. Se alejó un poco para tener algo más de intimidad y nosotras nos agarramos del brazo y caminamos unos pasos por delante de ella.

—¡No jodas! —dijo Cloe, en un tono que oímos nosotras y medio Madrid.

Nos paramos y la miramos. Ella nos observaba con los ojos como platos y se mordía el labio inferior.

—¿Todo bien? —preguntó Noe.

Cloe nos respondió con el pulgar en alto, aunque nos moríamos por saber qué era aquello que le había provocado esa reacción. Pero como no nos decía nada, continuamos andando.

Estábamos muy cerca de la discoteca donde se celebraría la fiesta y ya se veía gente en los alrededores. Nos paramos para esperar que Cloe terminara de hablar y así entrar las tres a la vez.

—Ya —dijo, acercándose a nosotras y guardando el móvil en su bolso.

—Será porque se te ha acabado la batería, ¿no? —bromeó Noe.

—Ja, ja, me parto —respondió Cloe irónicamente.

—Bueno, ¿qué te ha dicho antes, que nos has dejado en ascuas? —pregunté.

—A ver... —suspiró.

—Malo —respondí.

—¿No me digas que nos dejas aquí para irte con él ahora? —dijo Noe.

—No.

—¿Entonces? —pregunté.

—Pues que no hace falta que me vaya para verle —entrecerró los ojos.

Ilusa de mí, me quedé mirándola, esperando que continuara con su explicación, cuando Noe me miró con cara de sorpresa para ver mi reacción.

—¿Qué? —les pregunté.

Pero no me respondieron y continuaron esperando una jodida reacción. Hasta que caí.

—¡No! —dije, llevándome las manos a la cabeza.

—Sí —afirmó Cloe—. Hugo viene en un rato, pero Gael ya está aquí.

Me quedé callada, sin saber cómo reaccionar, porque, por un lado, quería verle y por otro, no. Me puse muy nerviosa, empecé a sentir palpitaciones y hasta me comenzó a doler el estómago. Cuando escuché la frase lapidaria «Gael ya está aquí», mi primer instinto fue salir corriendo. Es más, apostaba a que era innecesario coger el metro para llegar a casa a la velocidad del rayo.

Pero luego, mi cabeza me dijo: «A ver, Naira, ¿crees que nunca jamás en la vida te vas a volver a cruzar con él? ¿Le vas a evitar siempre? Pues mucho mejor encontrártelo aquí, que vas supermona, a que te pille bajando a comprar el pan en pijama y mal peinada, ¿no? Pues tira para dentro y deja de pensar tonterías».

Oye, parecía que mi cabeza regía más de lo que pensaba. Y por esa disertación tan acertada, decidí hacerle caso.



Entramos en la sala muy emocionadas, unas más que otras, tengo que decirlo. Yo iba cagada de miedo y miraba como si mis ojos fueran radares en busca de Gael.

No es que quisiera verle, es que no quería que me pillara en un renuncio; debía estar preparada para cuando nos viéramos. Porque, a ver, era más que evidente que nos encontraríamos, teniendo en cuenta que Cloe querría ver a Hugo y quedarían para saludarse y tomarse algo.

La pista de baile estaba hasta arriba de gente, todos bailando y disfrutando de la música. Nos acercamos a la barra a pedirnos algo para beber, pero, antes, la camarera nos dijo que nos invitaba a un chupito solo por haber acudido a la fiesta.

Mal empezábamos; la mezcla de alcohol y Gael en el mismo espacio podría ser peligrosa. Pero, oye, a caballo regalado...; así que, casi sin darme cuenta, ya habíamos brindado y nos lo habíamos bebido de un trago. Estaba dulzón y lo agradecí; mejor eso que haber empezado con un chupito de absenta, por ejemplo.

Nos adentramos en la pista de baile, con una copa cada una, para empezar a disfrutar de la noche. De lejos, vi a varias compañeras de la universidad, que bailaban divertidas.

—¿Has quedado con Hugo a alguna hora? —pregunté a Cloe al oído.

—No, tranquila. Hemos hablado de vernos luego, más tarde. Pero no a una hora en concreto.

—Genial.

Y seguimos bailando. Mi radar seguía activo mientras buscaba con la mirada cualquier cosa que me llevara hasta Gael, pero, por otro lado, me daba un miedo horrible verle y que estuviera acompañado, y no precisamente solo por Hugo.

Cuando hacía como una hora que estábamos allí, me acerqué a los baños. Llevaba un rato aguantándome, pero como no paraba de beber, tarde o temprano tenía que ir. Sorteé a la gente con la que me fui cruzando, saludé con la cabeza a un par de chicas que iban a mi clase y, justo cuando iba a salir del mogollón de gente, unos chicos empezaron a saltar al ritmo de la música, me empujaron y me hicieron caer en el suelo.

Me hice un daño tremendo en el tobillo —debí de torcémelo al desplomarme—, pero lo que más me preocupaba en ese momento era ponerme en pie para no acabar literalmente pisoteada por la gente.

—¡Naira! Espera que te ayude. ¿Estás bien?

Alguien me agarró del brazo y me levantó con rapidez. Evidentemente, era una persona que me conocía, ya que me había llamado por mi nombre. Ya cuando me puse de pie le vi, y no me caí de nuevo del susto porque seguía sujetándome; si no, me voy al suelo.

—Gracias, Gael, estoy bien.

—¿Seguro? —respondió, buscando mi mirada.

—Sí, tranquilo —respondí, colocándome bien el vestido.

Pero en cuanto me soltó y fui a dar el primer paso, noté un latigazo en el tobillo y la pierna me flaqueó. Por suerte (o no), Gael seguía ahí y volvió a sujetarme, esta vez por los antebrazos.

—No estás bien. Ven, vamos a buscar un sitio donde sentarte.

—Gael, en serio, no es nada —respondí, intentando normalizar la situación y marcharme para que dejara de mirarme así; de lo contrario, acabaría tirándome a su cuello.

—Naira, es más que evidente que te duele el pie, y si lo que quieres es fingir que no te molesta para que me marche, no hace falta que lo hagas. Voy a acompañarte hasta esos sillones del fondo, te vas a sentar y después me marcharé. Pero no lo haré hasta que no te vea bien, ¿entendido?

¡Joder!, ¿por qué era tan guapo? ¡Era un punto que me hacía flaquear, coño! Además, ¿no había gente suficiente en la discoteca como para tener que caerme a su lado?

—Vale —asentí como una niña buena.

—Genial —resopló—. Ahora, apóyate en mi hombro para que no pises el suelo con el pie que te duele.

No, ¡no! ¡Sujetarme en él, no! Seguía oliendo tan bien que si le tocaba me quedaría pegada a Gael de por vida. ¡No podía estar pasándome esto a mí! Casi prefería llegar de rodillas a los sillones que sentirlo a mi lado mientras me sujetaba por la cintura. Vale que quedaría menos estético, pero mi corazón en ese momento bombeaba con fuerza y creí que iba a salirse por la boca.

Cuando finalmente posó con delicadeza su mano en mi cintura, creí morir de placer. Sentir sus manos de nuevo sobre mi cuerpo me provocó unos escalofríos evidentes.

—¿Tienes frío? —me dijo, extrañado.

—Eh..., estoy algo destemplada.

¿Destemplada? ¡Y una mierda! Lo que estaba era loca por abrazarlo, enroscarle las piernas en la cintura y besarlo hasta desgastarnos. Pero tampoco era plan de decírselo así. De tal manera que con *destemplada* corría un tupido velo.

Cuando llegamos al sillón me sentó con sumo cuidado. Si no fuera tan mal pensada, creería que se había tomado más tiempo del necesario en hacerlo, pero sinceramente no me importó.

Se quedó de pie frente a mí con los brazos en jarras, mientras me miraba con ojos de cordero degollado.

—Bueno, pues me marchó. ¿Necesitas algo más?

A ti.

—No, nada más, gracias.

—¿Quieres que busque a tus amigas para avisarlas?

No, quiero que te quedes tú.

—No, tranquilo. Ahora les escribo un whatsapp.

—Genial —respondió, metiéndose las manos en los bolsillos—. Pues entonces..., me voy a la pista.

—Vale.

¿Era yo sola la que lo pensaba o estaba alargando el momento lo máximo posible?

—Estaré donde me has encontrado, por si necesitas algo —titubeó.

—Estate tranquilo. Estaré bien.

—Vale.

Se dio la vuelta con calma y, con paso lento, comenzó a andar.

—¡Gael! —grité.

Se dio la vuelta con rapidez.

—Sí, dime.

—Gracias —medio sonreí.

—Ah, de nada —respondió, nervioso, tocándose la nuca.

Nos quedamos callados, mirándonos, esperando a que uno de los dos dijera algo, y fui yo la que lo hizo.

—Hasta luego, Gael.

—Hasta luego, Nai.



Mis amigas vinieron enseguida a mi encuentro nada más enviarles un mensaje en el que les decía que estaba sentada en un sillón, con dolor de tobillo, tras una estrepitosa (y probablemente ridícula) caída.

—¡Pero, nena! —dijo Noe al verme, mientras se sentaba a mi lado con cara de preocupación—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquilas.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Cloe.

—Me empujaron sin querer y me caí al suelo. Y me he sentado aquí porque me molestaba el tobillo.

—¡Y nadie te ha ayudado a levantarte! —dijo Noe, molesta.

—Sí, sí. Un chico me ha traído hasta aquí.

Las dos enarcaron las cejas y se miraron de forma cómplice.

—¿Y estaba bueno? —cotilleó Noe.

—A ver..., bueno está, y mucho.

—¿Y bien? —se animó Cloe.

—Pues que lo conocemos todas.

—No.

—Sí.

—¿Gael? —preguntó Cloe.

—El mismo —respondí.

—¡No me jodas! Pero ¿qué puta conexión tenéis vosotros? ¡Es que os atraéis como imanes! —dijo Noe entre risas.

—Pues, hija, no lo sé, pero ha aparecido de la nada, me ha levantado y me ha traído hasta aquí.

—¿Tipo *El guardaespaldas*? ¿En brazos? —preguntó Cloe, poniendo pucheros y juntando las manos.

—¡Venga ya! Me he apoyado en su hombro y él, en mi cintura.

—Y, por lo que veo, no te quita ojo —dijo Noe al descubrir que Gael no estaba tan lejos como creían.

—¿La verdad? No se ha movido de allí desde que se ha ido.

—¿Y a Hugo no lo has visto? —preguntó Cloe, algo tímida.

—La verdad es que no. Gael está con unos chicos, pero ninguno es Hugo. ¿No te ha dicho a qué hora estaría por aquí?

—Sí —miró el reloj y sonrió—, en unos quince minutos.

Parecía que poco a poco el dolor del tobillo se me estaba pasando y probé a levantarme con ayuda de mis amigas. Todo ok. Sentía una ligera molestia, pero no me impedía andar ni bailar. Aunque, eso sí, con un poco de cuidado.

Aun así, nos quedamos bailando cerca de los sillones y, al ver que Gael seguía donde lo había dejado, pensé que a lo mejor sería buena idea acercarme para darle las gracias; quizá había sido un poco borde antes, o, seamos sinceras, es que me moría por volver a hablar con él.

Para él no fue una sorpresa verme a su lado porque me vio acercarme. Y me recibió con una sonrisa turbada.

—Hola —dije.

—Hola otra vez. ¿Cómo está tu pie?

Su voz sonaba serena, incluso tímida, diría yo. Estaba cohibido, avergonzado.

—Mejor. Me molesta un poco, pero ya puedo moverme.

—Me alegro —asintió con una sonrisa que derretiría el mismísimo Polo Norte.

—Solo venía a darte las gracias.

—No tienes que dármelas.

—Pero quiero hacerlo.

—Bueno, pues... de nada —respondió, alzando los hombros sin dejar de sonreír.

Nos quedamos mirando sin pronunciar una palabra más. Y lo hacíamos con una melancolía que casi se podía hasta palpar. En sus ojos se podía leer un lo siento y desde los míos intenté decirle que me diera tiempo, el suficiente para volver a mirarle sin un resquicio de rencor, sin un atisbo de desconfianza y con mucho amor.

Pareció entenderlo, porque suspiró.

—¿Naira? —oí detrás de mí.

—¡Hola, Hugo! —respondí, dándole un abrazo.

Agradecí que apareciera y rompiera ese momento, que se estaba convirtiendo en insostenible. Probablemente, uno de los dos hubiéramos tenido que terminar cediendo y bajar la mirada para dejar de hablar en silencio.

—Qué coincidencia, ¿verdad? —dijo Hugo.

—Ya te digo. No me imaginaba que pudiéramos coincidir en la fiesta y menos entre tanta gente.

—Y... —carraspeó— ¿está Cloe por aquí?

Sonreí espontáneamente.

—¿De qué te ríes? —vaciló.

—¿Yo? De nada. Mira, está allí, bailando con Noe.

—Voy a saludarlas.

—Perfecto.

Vi como Hugo iba hacia ellas y sorprendía a Cloe tapándole los ojos desde atrás. Me alegró ver esa estampa; Cloe se lo merecía. Hugo estaba siendo muy importante para su recuperación.

—Bueno, me voy a bailar —dije a Gael.

—Vale. Me alegro de que estés mejor.

Asentí y me di la vuelta para ir a la pista con mis amigas. Cloe bailaba entre risas con Hugo y Noe escribía algo en su móvil. De repente, no sé ni por qué ni en qué momento esa idea me atravesó el cerebro, pero me vi dándome la vuelta y acercándome a Gael de nuevo.

—¿Quieres venir con nosotras?

—¿Yo?

—No, el chico de tu izquierda, al que no conozco de nada —bromeé.

Se rio de forma espontánea y se tocó la frente, como apurado.

—Vale..., es que no pensaba que...

—¿Vienes?

—Claro. Me encantaría.

Nos acercamos los dos al grupo y mis amigas me guiñaron un ojo al vernos llegar. Hugo chocó la mano con él y se pusieron a hablar entre ellos.

Durante ese tiempo, no cruzamos palabra, pero miradas a montones. Yo lo hacía con disimulo —no quería que se notara mucho—, pero él lo hacía sin contemplaciones pero sin ser descarado. Lo hacía con dulzura, con nostalgia y con un brillo en los ojos que aún me hacía verlo más guapo. Y eso era realmente difícil.



Llegó un momento en que la discoteca estaba tan llena que los cinco nos salimos a tomar el aire.

—Ufff, qué a gusto, coño —resopló Noe al salir fuera.

Se sacó un cigarro del bolso y le ofreció uno a Gael. Él lo cogió, seguido de un gracias, y con el mismo gesto cohibido de antes. En el fondo, era comprensible; me había engañado desde que me conoció, sin contarme que había alguien más en su vida, y después de todo el vendaval, nos encontrábamos de nuevo, con mis amigas, por lo que era normal que pudiera encontrarse un poco incómodo después de la que había liado.

En la discoteca, se lo había comentado a Hugo. Le dije que, si Gael se sentía incómodo, que se marchara, que no era obligatorio quedarse. Pero su respuesta fue tajante:

—Te aseguro que ahora mismo Gael está en el mejor sitio en que puede estar. Junto a la chica que quiere.

No respondí. En ese momento, fui yo la que me sentí un poco incómoda.

Llevábamos unos diez minutos fuera y nos reíamos con unas anécdotas que Hugo nos estaba contando de su último evento, en el que se casaban dos ancianos que tenían más marcha que todos nosotros juntos.

—Oye, y ¿por qué no nos tomamos la última en un bar? —propuso Hugo.

—Pues yo encantada, porque estoy un poco agobiada con tanta gente —respondió Noe.

—Contad conmigo —añadió Cloe.

Ahora solo quedábamos por responder Gael y yo, y todos éramos conscientes de la tensión del momento.

—Venga, yo también voy —respondí, nerviosa, mientras esperaba la contestación de Gael.

Él me miró fijamente, como pidiéndome permiso para quedarse. Pero yo no podía controlar mis propias emociones tanto como para dar permiso a nadie para que fuera o no.

—Yo mejor me marcho a casa —dijo al fin—. Estoy cansado.

Y fue como si me echaran un cubo de agua fría por la cabeza. Quería que fuera; no quería que se marchara y no saber cuándo volvería a verle. Hugo me lo notó e intervino:

—Quédate, tío; una más y nos vamos.

—No sé, Hugo..., yo... —titubeó.

—Vente, será poco tiempo —dije sin pensar.

Mi comentario le hizo sonreír.

—Vale, me habéis convencido.

—¡Genial! —se alegró Hugo—. Y ¿sabéis de algún bar que esté bien?

—Si me permitís, hay uno muy cerca de donde vive Naira que está muy bien, es tranquilo y tiene algo especial.

Me miró con intensidad. ¡Claro que tenía algo especial! ¡Es donde me tomé algo con él por primera vez! Era *nuestro* bar, el local que había sido testigo de nuestro comienzo.

—Pues pinta bien, ¿no? —dijo Hugo.

—¡Sí! Es un sitio para estar charlando tranquilos. Buena idea, Gael —respondió Noe.

—Gracias. He traído el coche; si queréis, vamos los cinco en él. Os acerco.

—¡Ay, sí! ¡Me duelen un huevo los pies! —apuntó Cloe, ya casi descalzándose.

—¿Nai? —preguntó Noe—. ¿Te parece bien?

—No me queda otra opción. La mayoría dice que sí —bromeé, con un punto de timidez.

Y nos marchamos hacia el coche de Gael para tomarnos la última en el bar que tan buenos recuerdos me había tatuado en la mente.

A esas horas, el tráfico era muy fluido y llegamos allí en pocos minutos. Hugo se puso de copiloto y yo me coloqué justo detrás de Gael; no pude evitar mirarle a través del retrovisor exterior y, por lo visto, no fui la única, porque nuestras miradas se cruzaron en más de una ocasión.

Al entrar, nos quedamos en la barra. Nosotras tres nos sentamos en unos taburetes; Hugo se puso de pie junto a Cloe, Gael se colocó al lado de Noe y yo, en medio de las chicas. Si Gael hubiera estado tan cerca durante tanto tiempo me habría obnubilado y no sé cuánto hubiera soportado su cercanía, tan lejana al fin y al cabo.

—Bueno, y ¿qué tal el inicio de las universitarias? —preguntó Hugo.

—La verdad es que es todo nuevo, pero no creo que nos cueste mucho adaptarnos, ¿verdad, chicas? —respondió Cloe.

—No, lo vamos a tener chupao —dijo Noe—, pero yo creo que la que más asustada está es Naira, ¿no, nena?

—A ver, asustada no es la palabra. Pero es que desde siempre los cambios me han dado un poquito de miedo, y no me negaréis que este es uno de los gordos.

—Lo harás fenomenal, estoy seguro —dijo Gael.

Por inercia, giré la cabeza y lo miré. No me esperaba esa respuesta; bueno, en realidad, no me esperaba ninguna.

Me sonrió y no pude evitar hacer lo mismo. Nos quedamos mirando embobados, como si estuviéramos solos, algo que no pasó desapercibido al resto, porque Hugo carraspeó y nos hizo salir del ensimismamiento.

—¿Y tú, Gael?, ¿qué tal has empezado?

—¿Yo? Eh... —respondió, aún un poco descentrado—, bien, bien. Bueno, vosotras tenéis la suerte de que vais juntas; yo no conozco a nadie, pero la verdad es que contento, muy contento de poder por fin estudiar algo que realmente me gusta.

Me vinieron a la mente muchos recuerdos en ese momento. Entre otros, el primer día que vinimos aquí juntos tras coincidir en un restaurante y me dijo, en ese mismo bar y casi en esa misma banqueta, que lo que él deseaba era estudiar Fisioterapia. Parecía que no había pasado el tiempo, pero sí lo había hecho y, entre medias, habían sucedido demasiadas cosas. Tantas que hasta abrumaba solo el pensarlas.

Llevábamos como una hora allí; solo quedábamos nosotros y el camarero nos dijo que iba a empezar a cerrar.

—Vale, nos acabamos esto y nos vamos —dijo Noe.

—Claro, tranquilos; mientras, voy recogiendo.

El local había estado prácticamente lleno desde que habíamos llegado. Era un lugar en el que siempre había mucha gente, desprendía encanto y se podía mantener una conversación sin tener que dejarte la garganta para hacerte oír.

Nos estábamos bebiendo el último trago cuando tres chicos con las caras cubiertas irrumpieron con fiereza en el bar. A mí se me paró el corazón. Uno de ellos bajó la persiana nada más entrar, otro se fue directo a meterse detrás de la barra y el tercero se colocó frente a nosotros.

—Moved un pelo y os vuelo la cabeza —dijo, sacando de la chaqueta una pistola.

El que había bajado el cierre me agarró del brazo y me colocó a su lado. La respiración se me aceleró tanto que hasta me mareé.

—¡Si queréis algo a vuestra amiguita, sentaos en el puto suelo! —dijo, apuntándonos con otra arma.

—Ey, tío —intervino Gael, mostrando las manos.

—¡Atrás! —le gritó—. ¡Ni te muevas!

—¿Por qué no la sueltas? —continuó.

—¿Y tú quién eres? ¿Su novio? —se rio.

—Cógeme a mí si quieres y a ella déjala que se siente. ¿No ves que está llorando?

—¡Que cierres la puta boca! —gritó el que estaba detrás de la barra.

—A ver, machote —dijo uno de los atracadores, apuntando directamente a Gael en el pecho—, para empezar, ella está mucho más buena que tú, me pone más, ¿me entiendes? Y segundo, siéntate de una jodida vez si realmente quieres que no le pase nada.

Gael tragaba saliva; estaba muy nervioso, como yo, y se mordía los labios. Hugo y mis amigas estaban ya en el suelo, muertos de miedo.

—Gael, siéntate, por favor —susurré.

—¿Gael? Así que el machote tiene nombre. Pues escúchame, Gael, me estoy cansando de tu juegucito de héroe de la película, ¿sabes? Así que te vas a venir conmigo.

Y me empujó con fuerza contra el suelo mientras cogía a Gael del brazo y se lo llevaba al baño.

—¡No! —grité—. ¡No! ¡Déjale!

Noe me tiró del brazo y me hizo caer a su lado.

—¡No! ¡Déjame levantarme! —grité.

Pero no me lo permitieron. Se oyó un portazo; el atracador había metido de un empujón a Gael en el baño y, entrando tras él, cerró de un golpe.

Los otros dos acababan de coger todo el dinero de la caja, mientras tenían al camarero tumbado boca abajo en el suelo y con las manos en la nuca.

—¡Nos vamos! —gritó el más alto, saliendo de detrás de la barra.

—¡Sal del puto baño! —gruñó el otro—. Al final, va a venir la poli, ¡joder! ¡Sal!

De repente, en el silencio más absoluto, se oyó un grito ahogado, breve, intenso, y a continuación, el atracador salió del baño a toda velocidad, con una sonrisa triunfal en la boca.

—¡No! —chillé.

Y me levanté a toda prisa hacia el baño donde Gael había entrado entre tanta violencia.

FIN

Biografía



María Beatobe nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora Infantil de profesión y graduada en Educadora Social, practica la docencia desde hace dieciséis años en un centro educativo.

Su vida diaria se desarrolla entre el cuidado de sus mellizos, el trabajo en una casa de niños y la escritura en los tiempos que consigue sacar.

Escritora de romántica desde los quince años, es amante de caminar descalza, sentarse en el suelo y cantar a voz en grito en el coche.

Esta es su cuarta novela publicada, tras *¿De verdad existes?*, *Cuando es amor, las mariposas nunca mienten* y *Déjame cuidarte*.

facebook: maria beatobe escritora

twitter: @mariabeatobe

instagram: @mariabeatobe

pinterest: maria beatobe

Volví a soñar
Por amor VI
María Beatobe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María Beatobe, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Anna Gribtsova / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17150-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mariposas en tu estómago (primera entrega)

Natalie Convers

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruena Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Una canción bajo las estrellas

Laura Morales

Viaje hacia tu corazón

Moruena Estríngana

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

La magia de aquel día
Clara Albori